



PETER DEBRY

Mi viuda es peligrosa



SS SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

MI VIUDA ES PELIGROSA

Colección SERVICIO SECRETO N.º 975
Publicación Semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 5.471 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1969

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:
983. - Aprender a no morir.
En Colección **SERVICIO SECRETO**:
972. - Muere como quieras.
En Colección **BÚFALO**:
798. - Una corona de buitres.
En Colección **CALIFORNIA**:
623. - Tiros por la culata.
En Colección **SALVAJE TEXAS**:
614. - Legionarios del «Colt».
En Colección **COLORADO**:
462. - Telón de plomo.
En Colección **PUNTO ROJO**:
362. - La mujer y el monstruo.
En Colección **ASES DEL OESTE**:
374. - «Kentucky Joe».
En Colección **BRAVO OESTE**:
413. - Mercenarios del plomo.
En Colección **KANSAS**:
552. - Matón provisional.

CAPÍTULO PRIMERO

Sonia Clermont oyó repicar el timbre de la puerta cuando se dirigía de la cocina al *living* del piso. Se detuvo en el pequeño recibidor. La única luz procedía del *living* pero la puerta estaba casi cerrada y en el recibidor dominaba la penumbra.

No había sido un timbrazo firme y largo, sino muy breve. Como si alguien hubiese tocado el botón y otra mano apartó la que se disponía a llamar.

Eran imaginaciones suyas, pensó Sonia inmóvil, tendiendo el oído, palpitante el corazón.

El miedo era desagradable, y cada noche se había ido convirtiendo en su constante compañero. No lograba comprender exactamente las razones de su temor. Acudía, siempre que Hugo estaba ausente. Y volvía a estar fuera, en otra de sus misteriosas andanzas.

Aborrecía aquellas ausencias, pero sobre todo aborrecía el miedo que se filtraba en ella apenas anochecía. No tenía motivo fundado para sentir miedo, pero solamente lo consideraba absurdo a la luz del día. Y el temor regresaba con las primeras sombras de la noche.

El timbre no volvió a sonar, pero se percibía un rumor extraño. Un rumor jadeante. Se imaginó ella un perro, tendido tras una larga carrera excitante.

Alguien jadeaba tras la puerta, con fatigoso resuello.

Luego oyó nuevamente el débil toque del timbre. Y un repiqueteo de nudillos, sin fuerza, lentos. Todo ello, mezclándose al jadeo anheloso.

Una voz masculina susurraba:

—Sonia…

Era su marido, Hugo, pronunciando su nombre entrecortadamente.

El temor paralizó a Sonia, y cuando intentó moverse, su cuerpo

parecía oponerse. Pero tenía que abrir la puerta. Podía ver el oscuro recuadro del conmutador eléctrico. Adelantó la mano y se esforzó en avanzar hasta poder pulsarlo.

La luz inundó el minúsculo recibidor, pero no aportó alivio, porque en el mismo instante resonó un corto pero agudo timbrazo, y de nuevo la ronca voz silabeando:

—Sonia…

Percibió ella el helor del pánico y aunque se hallaba lo bastante cerca para abrir la puerta, sus músculos parecían muertos. Continuaba el rumor jadeante, pero el repiqueteo había cesado y Hugo ya no la llamaba. Oyó el peculiar sonido de un cuerpo empujando la puerta.

Sonia Clermont chilló.

Con el grito sacudió su temor paralizante, y descorriendo el pestillo, abrió.

Hugo Clermont estaba ante ella. Su marido, su casi desconocido esposo. Con la luz reluciendo en un rostro tan blanco que daba la impresión de que carecía de sangre.

Los ojos inmensamente dilatados contenían sufrimiento físico. Se reclinaba a un lado de la puerta, tendiendo la mano derecha. Boqueaba en anhelo jadeante de aire.

—Hugo… Entra… —Y ella le cogió del brazo izquierdo para atraerlo al interior del piso.

Él se resistió, y comprendió ella que le costaba un gran esfuerzo. Se humedeció Hugo los labios y parecía como si fuera a desplomarse de pronto.

—Sonia… Llama… a este número. Dirás que eres mi mujer. Y le darás al hombre…

Se interrumpió, aunque sus labios continuaban removiéndose. Las palabras no podían brotar. Seguía resistiéndose al estirón de su esposa con un brazo y tendiendo el otro en cuya mano había un sobre que rozó la mano de Sonia.

—Dale al hombre… que venga… esto. No…, no abras…

Se interrumpió nuevamente, volviendo lentamente la cabeza. Los ruidos que se aproximaban se hicieron más claros. Pisadas.

Hubo en él un sobresalto de energía desesperada. Colocó el sobre en la mano de Sonia, y a la vez la empujó, apartándola. Ella no pudo resistirse al rudo empellón.

Y la voz de Hugo Clermont resonó imperiosa:

—Cerrojo, pestillo… ¡Cierra!

El mismo atrajo la puerta, cerrándola desde fuera antes que ella pudiera moverse. Restalló y fuera se oyeron ruidos de forcejeo y voces. Sonia insertó el pasador cuando una llave arañaba el cerrojo. La puerta vibró, pero sin abrirse.

Al instante resonó la llamada del timbre. Larga, insistente.

Ella quería abrir la puerta, tratar de ayudar a Hugo, salvarle… Pero sabía que era imposible. Sabía que Hugo estaba desesperado y sin embargo le había ordenado hacer algo: cerrar la puerta, primeramente. Lo prefería a la propia vida.

Sonia sospechaba hacía meses, que él le tenía más aprecio a su misterioso trabajo que a la propia existencia. Un trabajo siniestro que nunca quiso él explicar. Y aquello fue lo que precisamente inició en ella el oscuro temor, primero en forma vaga, y ahora justificado.

Todos los horrores que pudo ella imaginar se convertían en realidad. Repicaba el timbre nuevamente.

Alzó ella una mano para cerrar el pestillo superior. Apenas sabía lo que estaba haciendo. No pensaba sino en lo que él había exigido. Presentía que aquéllas habían sido las últimas palabras que le había oído pronunciar, y que obedecerlas era como respetar la última voluntad de un sentenciado.

Miró el sobre. Ordinario, corriente, de color pajizo y sin dirección. En una esquina estaba garabateado un número telefónico: ORF 19 064.

Sonia podía oír todavía la ronca voz, las palabras pronunciadas como si fueran emitidas con el último esfuerzo posible.

—… llama a este número… Dirás que eres mi mujer… Dale esto al que venga… No abras…

No había aclarado nada más hasta que los pasos se oyeron en la escalera.

Nuevamente repiqueteó el timbre y asestaron un golpe en la puerta. Fuera quien fuese, trataría de echar la puerta abajo.

Sonia se dirigió al *living*, maquinalmente. Sentía una intensa sequedad en la garganta. El teléfono estaba al lado del gran sillón favorito de Hugo.

—… llama a este número.

Volvió a mirar la esquina del sobre: ORF 19 064. ORF… correspondía a la abreviatura telefónica de Orfèvres, el muelle del Sena donde estaba la sede de la Policía Central con todas las diversas secciones policiales.

Tres simples letras y una cifra que la tranquilizaron levemente, como si lo solucionasen todo. Alzando el receptor empezó a marcar cuando un ruido brotó en la ventana.

Sonia dejó caer el aparato en su encaje, y se volvió Boquiabierta contempló tras las cortinas ondulantes, la silueta en pie sobre el reborde de la abierta ventana.

Un terror como hasta entonces nunca experimentó la atenazaba. No se podía mover, ni gritar, petrificada con el sobre en la mano.

El hombre saltó, separando a la vez las cortinas. Dos acciones que realizó con soltura felina. Sonreía.

Sonia nunca lo había visto hasta entonces. Un hombre joven, delgado, revistiendo un «anorak» gris plomo. Su sonrisa no tenía nada de siniestra. Y volviéndose, cerró la ventana, a la vez que decía:

—Siento haberla asustado, señora Clermont.

Tenía una voz agradable. Y lo curioso era que actuaba como si todo fuese normal. Lograba ejercer un efecto calmante.

—Lamento todo lo que está pasando. Pero necesitamos su ayuda. Hugo también.

Sentía ella que su cuerpo se relajaba y que la sangre que parecía haberse helado en sus venas empezaba a fundirse. Murmuró:

—Hugo… está…

—Ya sé. Está afuera. Haremos lo que podamos por él. ¿Le dio esto?

Avanzó hacia ella, pero no cogió el sobre, ni trató de mirarlo.

—Hugo debió pedirle que telefonease a ORF 19 064.

—Sí…

El hecho de que el desconocido supiera aquel detalle la hizo confiar. Era un amigo de Hugo.

—Sí… Me dijo que telefonease… Pero ¿usted quién es?

—Llámeme Danvers.

Y cogió el sobre. Otro timbrazo resonó, haciendo respingar a Sonia, renovando su miedo. Pero Danvers miró calmosamente hacia la puerta comentando gravemente:

—Se impacientan. Pronto irrumpirán. No hay tiempo para explicarle nada, y solamente puedo decirle que Hugo hubiese querido que usted hiciera lo que voy a indicarle.

Sacó del bolsillo otro sobre cerrado, y se lo tendió.

—Tan pronto me haya ido, tendrá que abrir la puerta. Diga que esto es lo que le dio Hugo. Finja resistirse un poco. Y haremos todo lo posible para ayudar a Hugo.

—Dígame… en qué clase de trabajo Hugo…

Danvers alzaba una mano, y ella se calló, viéndole aplicarse el auricular al oído.

—Han cortado el cable. Será mejor que usted diga que intentó llamar al número del sobre, pero que no obtuvo respuesta. ¿Cree que podrá?

—Lo intentaré, pero…

—Volveré a verla. Guarde este sobre en cualquier sitio no visible al primer vistazo.

Los ojos pardos de Danvers sonreían mientras su diestra apretaba la muñeca de Sonia. Una mano recia, firme y confortante.

—Buena suerte, señora Clermont. Engáñelos. Esto es lo que quiso Hugo.

Se dirigió hacia la ventana, y abriéndola, se encaramó.

—Ciérrela, por favor.

Era un primer piso y había unos siete metros de distancia con el patio. Danvers debió asirse a algo, porque fue elevándose. Las cortinas volvieron a ondular, y Sonia solamente pudo ver las perneras del pantalón de pana negra, luego los mocasines de idéntico material y por último sólo la densa negrura de la noche.

Fue a cerrar la ventana, corriendo las cortinas. Escuchó, pero ya no oía ruidos en la puerta. Tenía en la mano el segundo sobre. Lo miró y decidiéndose lo introdujo en la abertura de su blusa.

Fuera había alguien a quien Hugo quiso aventajar en inteligencia… o engañar. Su mente rebosaba confusión, pero ciertas cosas tenían sentido. Hugo quiso que ella hiciese lo que el llamado Danvers había dicho. Tenía que aceptarlo así o no hacerlo. Lo aceptó así.

Tenía que disimular, negándose a entregar el sobre inmediatamente. No tenía ni idea de quién iba a entrar.

Descorrió los pasadores y la puerta se abrió.

Nada en la apariencia del hombre que la miraba era amenazador. Tendría unos cuarenta años, sienes grises, y casi un aspecto benévolo.

Tras él, había otro hombre. El primero, sin volverse, dijo:

—Quédate aquí.

Cerró casi del todo la puerta y se aproximó a Sonia que había ido retrocediendo.

—No hay el menor motivo para que se alarme, señora Clermont. Su esposo no sufrirá el menor daño… si usted facilita las cosas.

Sonriente ofreció una pitillera abierta.

Y por instinto, del mismo modo que había confiado en el anterior visitante, Sonia Clermont sintió un repentino odio hacia el nuevo intruso.

CAPÍTULO II

Sonia Clermont denegó en silencio la oferta del cigarrillo. El desconocido tomó uno colocándolo entre sus labios y cerrando la pitillera, la guardó. Con idénticos ademanes deliberadamente lentos, extrajo un encendedor.

—Ambos volverán a reunirse y no habrá pasado nada, si me ayuda. En caso contrario…

Volvió a sonreír. Era como una pesadilla. Pero real. El hombre era una realidad. Y su sonrisa era peor que cualquier amenaza. La maldad se plasmaba en su rostro, aunque fuera de facciones regulares y de expresión calmosa.

Murmuró ella:

—No… no le comprendo.

—Pronto vamos a entendernos. Tal vez debo presentarme. Soy Arnaud Renan. Puede que su marido le haya hablado de mí.

—No…

—¿No discute sus problemas con usted?

—Nunca…

—Demostraba así su sensatez. No quiero que mi visita resulte desagradable, si puedo evitarlo, pero esta tarde me robó una carta y quiero recuperarla.

—No…, no lo puedo creer —y avanzó ella crispadas las manos —. ¿Dónde está Hugo? ¿Qué le han hecho? ¿Dónde está?

—Por favor, no se excite.

Renan la cogió por ambas muñecas al alzar ella los puños. Sonreía. Sonia comprendió la diferencia entre aquella mueca maquinal y la sonrisa del primer visitante. Los ojos oscuros de Renan eran fríos, mortecinos. Los pardos de Danvers destellaban cordialidad.

—Ponerse furiosa no servirá de nada. Ayudaré a su marido, si se comporta usted adecuadamente. Me robó la carta y la trajo aquí.

—¡No!

—Oh, sí, y quiero esta carta, querida señora. En caso de que me complique la existencia con inútiles resistencias, saldrá perjudicada.

—Hugo… no robaría nada… No es un ladrón.

—Quiero que comprenda claramente que su esposo robó una carta y que sé que la trajo aquí. Fue seguido. No estuvo en ningún otro sitio. Su coche está fuera y ha sido registrado. Llegó aquí apenas cinco minutos antes que nosotros. Se hallaba desfallecido en el corredor. Oímos esta puerta cerrarse cuando entramos en el vestíbulo de la planta baja. Está usted aquí sola. No hay nadie más a quien él pudiese entregar la carta. Por consiguiente…

Arnaud Renan la soltó empujándola con una suavidad casi hiriente. Tenía la diestra abierta.

—¿Dónde está la carta?

—No tengo ninguna carta. Él… él debió dejarla caer por el camino…

—¿Se empeña usted en salir lastimada?

Sonia no replicó. Habían pocas posibilidades de ayuda. La casa se hallaba aislada. Una carretera la unía a la autopista lejana. La planta baja estaba por alquilar. El segundo piso era propiedad de un matrimonio que se hallaba de viaje.

El vecino más próximo se encontraba a medio kilómetro. Más allá, el suburbio de La Villette y la extensa urbe de París.

Si aquel individuo quería torturarla no podría ella evitarlo pidiendo auxilio. Esto lo sabía él. Pero por el momento lo que a ella le angustiaba era una cosa: saber si Hugo estaba vivo.

—¿Dónde está Hugo?

—Se encontrará perfectamente, si usted…

—¿Dónde está? —gritó Sonia avanzando, con los nervios a punto de estallar—. Quiero verle…

—Estaba en malas condiciones físicas y tuvimos que hacerle transportar a una clínica, pero se repondrá, siempre y cuando usted me entregue la carta.

—Yo he de verlo. Ahora mismo.

Renan avanzó y ella no tuvo tiempo de esquivar el manotazo que asió su muñeca, y retorció, alzándole el antebrazo hacia atrás, obligándola a darle la espalda, a la vez que llamaba:

—¡Lascar!

Sonia no podía moverse. Se mantenía forzosamente erecta, rígida.

La puerta se abrió y entró el otro individuo que hasta entonces esperaba fuera.

Arnaud Renan agregó secamente:

—Bufanda.

Una palabra que debía significar algo para el llamado Lascar, y cuyo significado también supo Sonia pronto. Lascar era de corta talla, más bajo que Sonia.

Sacó un amplio pañuelo blanco del bolsillo interior y cogiéndolo por ambas puntas lo hizo girar aproximándose. Rodeó con la tira la parte interior del rostro de Sonia. Anudándolo con fuerza, con el nudo contra sus dientes, obligándola a mantener la boca abierta.

Renan la soltó, ordenando:

—Empieza a buscar.

Sonia tambaleándose retrocedió hasta un sillón en cuyo brazo se dejó caer. Veía a los dos hombres removiendo todo lo que estaba encima de la mesa del despacho, abriendo cajones, hojeando libros, alzando cojines.

Fueron pasando los minutos. Hasta que Renan cuyos movimientos eran suaves y precisos, se volvió para mirarla. Era un hombre guapo, pensó ella absurdamente.

En cambio el otro que había acabado de registrar bajo las alfombras, y que avanzaba hacia ella, era extremadamente repulsivo. Tenía unas facciones afiladas, una nariz aguda de punta roja, y uno de sus ojos era más ancho que el otro.

Miró ella con aprensión las manos de Lascar. Anchas, nudosas y feas. No vino a quitarle la mordaza, pero algo debía estar gustándole mucho.

Porque avanzó con rapidez, riendo silenciosamente.

Y entonces Sonia se dio cuenta que una esquina del sobre se asomaba por el escote de su blusa.

Lascar atrapó el sobre con dedos que parecían peces fríos y lo tendió a Renan que por unos instantes permaneció inmóvil, relucientes los ojos.

Sonia comprendió lo mucho que aquel sobre representaba para Renan. Debía ser algo muy importante. Lo rasgó.

Si Renan adivinaba que era una sustitución… Renan recorrió

una hoja con la vista, y miró la siguiente. La satisfacción distendió su semblante.

El alivio produjo en Sonia una sensación de debilidad.

—Ya lo tenemos —comentó Renan.

—Eso es bueno —replicó Lascar.

Acechaba a Sonia por entre los párpados semicerrados. Frotándose las grandes manos desproporcionadas. Y dijo:

—Vámonos.

Renan señaló a Sonia.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué ha de pasar?

—Nos ha visto.

Al principio lo que acababa de decir Renan no tenía sentido para Sonia. Eran simplemente palabras. Pero habían producido en Lascar una impresión elocuente. La estaba mirando de modo muy distinto.

No como un hombre rudo valorando a una mujer… Decía Renan:

—No podemos cometer errores, Lascar. Nos ha visto y en cualquier momento nos podría reconocer.

Gruñó Lascar:

—No hablará, puesto que sabe que si dice media palabra, morirá Hugo.

—¿No hablará? ¿Hemos de fiar en que callará? Colócala junto a Clermont. Podemos tratar lo que sea, con los dos juntos.

Ahora la verdad se le reveló súbitamente. Hugo estaba muerto. Y aquellos dos individuos se disponían a acabar con ella.

El pañuelo retorcido estaba prieto sobre sus labios, y aunque hubiese podido gritar de nada le habría servido. Solamente ellos dos la habrían oído.

Se levantó del brazal, adelantando las manos como si pudiera alejarles. Iban a matarla. Estaba seguro. Lo único que no sabía era… cómo.

—De acuerdo —aprobó Lascar—. Me ocupo de ella.

Y avanzó. Un hombrecillo de largos brazos y enormes manos colgándole a los lados, rozando casi sus rodillas.

Arnaud Renan se limitaba a observar.

Lascar ya estaba ante ella.

Sonia abrió por completo las manos presentando las palmas

como barrera. Miraba a Renan, intentando suplicar con los ojos, ansiando vivir. Pero Renan la miraba inexpresivamente, glaciales las pupilas.

Dijo Lascar:

—No le hará daño, mujer. No mucho.

Movió la diestra en amago de bofetón y por reflejo ella movió las suyas para protegerse el rostro.

Ambas manos de Lascar avanzaron. Sonia sintió los dedos nudosos rodeando su garganta, hincándose en la carne.

No podía respirar ni moverse. Y de pronto creyó desplomarse sin vida.

No supo que había caído hacia atrás en el sillón, ni que Renan había efectuado una breve llamada y que ambos iban hacia la ventana.

Fuera, unos focos brillaron intensamente contra la fachada de la casa. Los haces de luz procedían de dos coches.

El tono de Lascar sonaba nervioso:

—¿Crees que son los gorilas de Chabrol?

Renan no contestó. Ya estaba corriendo ágilmente hacia la puerta, seguido inmediatamente por Lascar.

En la oscuridad del pasillo y las escaleras, se apresuraron hacia el vestíbulo de la planta baja. Los motores de los coches al exterior enmudecieron. Se oían voces, aproximándose. Y repicó el timbre.

Susurró Lascar:

—Son…, son los gorilas de Chabrol.

Lascar empleó una ganzúa, y en pocos segundos abrió una puerta. Entraron en el piso de la planta baja al mismo tiempo que en la puerta principal, unos puños golpeaban con creciente intensidad.

CAPÍTULO III

El hombre del «anorak» gris que había logrado persuadir a Sonia Clermont en breves instantes, estacionó su «D. S.» en la acera del Muelle Saint Michel. Un espacio del Barrio Latino reservado para burócratas del Ministerio de Educación.

En aquella ventosa noche de marzo, se recortaba la sombría estructura del Palacio de Justicia y los edificios anexos de la Prefectura Central de Policía.

Gerard Danvers, agente especial del SDT (Servicio de Defensa Territorial, con diversas secciones autónomas de contraespionaje, y cuyos componentes son cuidadosamente seleccionados entre agentes de policía que han demostrado un coeficiente de inteligencia superior al mediano), tenía una documentación que le acreditaba como funcionario Coordinador de Programas de Enseñanza.

Documentación pantalla que le concedía un espacio de aparcamiento siempre reservado. Un privilegio muy importante en París.

Antes de apearse, miró por el retrovisor, asegurándose maquinalmente, por rutina, que no había sido seguido. Caminó sin prisas hasta la esquina de una calle estrecha, típicamente bohemia. La calle de La Harpe.

Algunas de las casas, lastradas de siglos, estaban apuntaladas en sus pisos altos que mostraban tendencia a unirse en peligrosa inclinación. Una calle de cafetines pasados de moda, con tiendas de ropavejeros y compradores de todo lo que se presentase.

En los pisos habitaban representantes de las diversas profesiones nocturnas. Y resultaba tanto más pintoresca la mala fama de aquella calle y sus colindantes, dada la vecindad del famoso Quai des Orfèvres.

A media calle había una portezuela deteriorada, con un cartel

anunciando el próximo derribo del edificio. Un derribo que tardaría en efectuarse.

Introdujo Danvers una llave, y entrando quedó tenuemente iluminado por la luz amarillenta que acababa de encenderse. La portezuela que exteriormente parecía ruinosa, por dentro estaba blindada. Y se cerró automáticamente. En aquel corredor reinó de pronto una total quietud. El aullido del viento exterior dejó de oírse.

Frente a Danvers habían unos peldaños de piedra desgastada. Los subió y en el cuarto peldaño agarró el pasamanos empotrado en la pared desnuda de pintura, caliza y sucia.

Sabía exactamente dónde hallar la diminuta grieta bajo el pasamanos lo suficientemente ancha para poder introducir en ella la uña del meñique. Lo hizo, presionando.

Siguió subiendo hasta el rellano donde se detuvo ante lo que parecía ser una pared leprosa de humedad, de un verde desteñido. Tras unos segundos, un panel de la pared fue deslizándose y se inmovilizó. Quedaba una abertura que permitía pasar a una sola persona.

Apenas Danvers penetró por la abertura, el panel deslizante volvió a cerrarse. Y se halló Danvers en un pequeño compartimento cuadrado. Sabía que ahora estaba siendo sometido a una inspección visual a través de un cristal opaco que impedía al visitante ver más allá de las cuatro paredes que le rodeaban.

También sabía que cuando quedase identificado, uno de los jefes de la Sección Especial, o tal vez el único jefe, instalado en el ultrasecreto despacho, presionaría un botón verde de la mesa o la repisa. Y nuevamente otra puerta se deslizaría para ceder paso al visitante.

Así era cada vez, para cada visitante, por más agente que fuese.

Algunos policías, al principio, comentaron que tantas precauciones resultaban melodramáticas, casi grotescas. Hasta que averiguaron que eran precauciones sencillamente elementales. Muchos agentes, en apariencia insobornables, sucumbían a un alto soborno. Y sucumbían definitivamente, de modo inesperado, creyéndose por encima de toda sospecha, cuando esperaban en aquel pequeño compartimento cuadrado.

La puerta del despacho cedió paso a Danvers.

Sentado en un sillón confortable ante un hogar cuyos troncos al rojo vivo no eran de madera sino una perfecta imitación electrónica, se hallaba un individuo en mangas de camisa. Apoyaba los pies en la repisa. Al fondo, a sus espaldas había tres mesas oficinescas. Pero él era el único ocupante del despacho.

El comisario de la Brigada Criminal, Félix Chabrol, daba la impresión de un profesor perezoso o soñador.

—Hola, Gerard. Siéntate.

Señalaba indolentemente por encima de la mesita a su lado, el otro sillón. Su cabello tenía similitud con un estropajo metálico, gris oscuro y crespo. Su rostro era vulgar, salvo por un detalle. Los anchos ojos expresaban siempre un infinito cansancio. Como si Chabrol fuese un hombre que nunca pudiera dormir las horas necesarias.

Gerard Danvers se sentó. Sonreía muy tenuemente. Preguntó Chabrol:

—¿Dije algo gracioso?

—Hay ocasiones en que me resulta insoportable toda esta instalación. Paneles secretos, puertas corredizas, luces amarillas, pulsadores verdes… ¿Alguna vez sale usted de aquí dentro, comisario?

—Hay también ocasiones en que me resulta menos insoportable salir a la calle, a la vida normal. ¿No te gusta mi hogar?

Danvers encogió los hombros con indiferencia. Tras las mesas con dictáfonos, grabadoras, teléfonos, y una TV especial, había un panel también deslizante. Ocultaba el dormitorio, cuarto de baño y cocina particular del jefe de la Sección Choque del SDT.

—Está usted bien instalado. Disculpe. No me encuentro muy satisfecho de mí mismo hoy. ¿Hay noticias?

—Ninguna.

—¿Quién se ocupó de acudir a la casa de los Clermont?

—Valcour.

—Espero que llegó a tiempo con su equipo.

—Sí.

Danvers extrajo del bolsillo el sobre recogido en la mano de Sonia Clermont y lo tendió a Chabrol.

—Espero también, señor, que toda esta preparación compense el precio pagado.

Los anchos ojos de Chabrol adquirieron el repentino destello que conocía Danvers. Un fulgor agresivo, penetrante, que barrenaba.

—Desde que has entrado, presentí que te dejaste impresionar sentimentalmente. Es malsano ser sentimental, Gerard. Eras el inspector más joven de la Criminal, cuando te ofrecí pertenecer a mi grupo. Eras también considerado el más inteligente de la moderna promoción. Te he autorizado a deponer el tratamiento, porque tengo plena confianza en ti. Pero hay algo que has olvidado, Gerard.

Parsimoniosamente, rasgó Chabrol el sobre, y extrajo unas octavillas de papel muy fino, repletas de signos y apretada escritura. Fue mirando al trasluz una tras otra las octavillas y declaró con el mismo tono de voz sin matices:

—Perfecto. No las han tocado. La operación se ha iniciado con buen éxito.

—Lo celebro. Dijo usted que me había olvidado de algo, Chabrol.

La habitación insonorizada no dejaba penetrar el menor rumor del tráfico exterior. Ningún ruido salía o entraba del aposento y despacho del excomisario Chabrol.

Danvers miraba ahora el teléfono en la mesita al lado de Chabrol. El silencio iba prolongándose, mientras Chabrol volvía a introducir las octavillas en el sobre. Y por fin comentó:

—Olvidaste que nosotros hemos sido seleccionados para funcionar como autómatas, prescindiendo de toda emoción, inclinación o sentimiento. Solamente cuenta una cosa: eficacia. Luchamos con gente que carece de escrúpulos y sentimentalismos. Para aplastarlos, cualquier precio es bueno.

—Hugo Clermont era un excelente policía. Y ha muerto.

—¿Seguro que ha muerto?

—Seguro que se hallaba en muy mal estado físico… y lo rematarán, de todos modos. Los vio. Podía identificarlos.

—Contigo hago siempre excepciones, Gerard. Has de descartar la idea de que mandé a Hugo Clermont al sacrificio. Su misión era peligrosa, como todas las que forman parte de nuestro cometido. No pretendo justificarme, y la excepción que antes cité, es que ahora te doy explicaciones. A cada uno de vosotros cuando le encomiendo una misión, virtualmente le ordeno correr un riesgo de muerte.

Todos vosotros conocéis el riesgo. Cuando una operación es extremadamente peligrosa, con un porcentaje de probabilidades mínimo de salir con vida, no señalo con el dedo. El policía elegido lo designa aquella computadora conteniendo todas vuestras fichas. Sin embargo, esta vez, fue el propio Hugo quien eligió ser nombrado para esta operación de escasa posibilidad de salir con vida.

Y Chabrol volvió a ser un individuo de apariencia indolente y ojos fatigados, al añadir:

—Si murió fue porque confió excesivamente en sus facultades.

—Pienso en su viuda. También ella vio a algunos del bando que mataron a Hugo. Lógicamente pensarán matarla.

—Es muy posible que ellos decidan matarla. Me incumbe evitarlo. Escucha, Gerard… Nos sobra algún tiempo para divagar. Tú conocías perfectamente en qué consistía la misión de Hugo. Teníamos que recuperar este sobre y engañar a Bastiano con una copia falseada. La parte preliminar de la misión ha quedado cumplida. La finalidad también la conoces. Atrapar a Bastiano.

—Bastiano… Un ser abstracto que llamamos Bastiano, al que nunca hemos visto, y que únicamente conocemos por el nombre. Sus hombres consiguieron apoderarse de estos papeles, y entonces Hugo, encargado de recuperarlos, debía dármelos y yo entregarle la copia falseada. Pero Hugo no logra conectar conmigo, seguramente porque los hombres de Bastiano le seguían de demasiado cerca. Debía estar muy desesperado puesto que comprometió a su propia esposa. Pude hacer el cambio, pero ¿a cambio de qué? Ella vio a alguno o algunos de los hombres de Bastiano, lo cual significa que no vivirá mucho tiempo. Y ésta ha sido mi gran intervención. Equivale a condenar a la viuda de Hugo a una muerte más o menos próxima.

—Conseguimos embaucar a Bastiano. Era nuestra finalidad. Nada más.

—¿Nada más? Yo la he visto a ella. Atemorizada. Con esta clase de terror femenino, desamparado, de niña extraviada en bosque de fantasmas. Y sin embargo, estuvo dispuesta a actuar como le indiqué. Una muchacha valiente, casi heroica.

—Cuya valentía te ha impresionado excesivamente, Gerard. Seguro que es bonita.

—Lo es.

—¿Le dijiste que Hugo había muerto?

—No. Y todavía jugué más sucio aún. Le di a ella la esperanza de que Hugo estaba con vida, para animarla a que entregase el sobre falsificado. Bien… Ella lo habrá intentado… y ellos probablemente la habrán matado. Trato de exponer los hechos fríamente. No cabe duda que Bastiano supone que el contenido de este sobre es de gran importancia.

—Lo es.

—Hugo era amigo mío. Que uno de nosotros muera, carece de importancia, puesto que no ignoramos el riesgo. Pero que muera una mujer que no tiene la menor idea de todo este lío…

—Valcour y su equipo se ocupan de evitar una muerte inútil. ¿Por qué has de sentirte tan pesimista, Gerard?

—Sabe usted perfectamente que de un modo u otro los matarifes de Bastiano liquidarán a Sonia Clermont. Nada le reprocho a usted, Chabrol. Yo también participé desempeñando mi papel en la función que suponía la condena a muerte de Sonia Clermont. Y si fuese necesario, repetiría esta misma misión, mañana. Tenemos que endurecernos contra todo sentimentalismo, ¿no es así?

—Esto es lo que se supone y espera de nosotros —admitió Chabrol con aparente indiferencia.

—Claro… Somos los selectos, los policías más diestros del contraespionaje y si no nos comportamos como los tipos más duros de la fauna humana, nuestra dulce Francia puede correr peligro. Primero, sálvese Francia, y después, si pueden, que se salven las mujeres y los niños. Como en los naufragios, sólo que al revés. ¿Me permite beber algo?

—Sírvete tú mismo.

Bajo la mesita había una licorera. Danvers cogió un vaso estrecho y alto. Mezcló coñac y tónica. Tras beber la mitad del vaso, lo depositó en el suelo, a su lado. Sentíase más calmado.

Esbozó una sonrisa cohibida.

—Mis excusas, jefe. Creo que he dicho muchas tonterías.

—No, no. La tontería suprema sería pretender que fueses durante veinticuatro horas seguidas una máquina. Y además, nuestra charla es amistosa, en espera de noticias. Sobra que te excuses.

—Supongo que comportarme como un ser normal y vulgar, se debió a haber visto a Sonia. Es verdaderamente bonita. Impresiona. Tiene calidad. Hugo me hablaba poco de ella, pero lo suficiente para que, ahora, comprenda yo por qué insistía él tanto en la magnífica cualidad espiritual de Sonia. Abnegación… Sí, así lo llamaba Hugo. Porque sabía que ella nunca le preguntaba en qué consistía concretamente su trabajo, pero a la larga ella misma presentía que terminaría mal, si algo le sucedía a Hugo.

Tiró Danvers al hogar la colilla, tras encender otro cigarrillo. Hablaba como si reflexionase en voz alta.

—Este truco de intercambiar planos legítimos por falsos, jugándose la vida Hugo y Sonia indirectamente, ¿era obligatoriamente necesario? ¿No podía lograrse sin sentenciar a muerte a Hugo y Sonia?

—Tuve la impresión de que Hugo podría realizar su cometido y salir con vida. Lógicamente, era una impresión, no una certeza absoluta. Para cualquiera, esta operación sería absurda, si solamente conociese los preliminares. Permitimos que Bastiano averiguase que el profesor Mesnil tenía los planos del último prototipo de avión supersónico. Permitimos que Bastiano se apoderase de estos planos, y que apenas los tuviese en sus manos, sin haberlos podido fotocopiar, Hugo Clermont se los arrebatase. Debía entregártelos, recoger los falseados y luego tratar de escapar con vida.

Chabrol hablaba lentamente, como si examinase cada fase de la operación en busca del error o del fallo.

—Pero Hugo cometió un fallo, o los hombres de Bastiano fueron demasiado rápidos en darle alcance. Al verse a punto de ser atrapado con los planos verdaderos, se vio obligado a entregarlos a su esposa. Y tú tuviste que efectuar el cambio, pero con una variante.

—Sobre el mismo terreno. Al no aparecer Hugo donde convinimos, usted me ordenó la variante, puesto que ya sabían los otros que Hugo debió desprenderse de los planos en manos de Sonia. Y ahora… usted me dirá a qué obedeció toda la fase preliminar.

—Es vital que Bastiano piense que posee los verdaderos planos, ya que los entregará a alguien. Y esto es lo único que interesa a la

jefatura superior. Debemos descubrir si Bastiano es un agente al servicio de alguna nación, o simplemente un mercader que vende al mejor postor. Y principalmente, descubrir la verdadera identidad de Bastiano.

El teléfono, en la mesita, tintineó.

Chabrol se aplicó el receptor, y fue escuchando. Se limitaba a ir asintiendo, y solamente pronunció tres frases:

—Muy bien… Cuiden de ella con la máxima atención Nada más.

Depositó el aparato en su soporte.

—Valcour con su equipo cumplió su parte. Ahuyentó a los dos enviados de Bastiano antes que sufriera daño Sonia Clermont, dejándoles escapar por una ventana de la planta baja. Valcour tiene las señas de estos dos individuos. El más alto parece coincidir físicamente con otras descripciones que poseemos de Bastiano, pero dudo que Bastiano en persona se dedique a operar como un simple peón. Valcour sigue la pista de los dos.

—¿Y Sonia?

—Había perdido el sentido, pero no sufrió mucho daño. Uno de los nuestros permanecerá en el piso protegiéndola, hasta decidir lo que se ha de hacer con ella. Al parecer estuvo a punto de ser estrangulada, pero Valcour logró evitarlo en el preciso momento.

Danvers se limitó a asentir. Chabrol añadió:

—Cuando acepté dirigir esta sección, impuse la condición de que ninguno de nosotros estuviera casado. Se hicieron algunas excepciones, porque me las ordenaron, no porque me pareciesen adecuadas.

—No puede exigir que seamos monjes con voto de celibato eterno.

Chabrol nunca sonreía abiertamente. Fruncía los labios en rictus apenas visible.

—El hecho de que yo sea un empedernido solterón, no me hace exigir votos de célibe. Pero un policía especial, casado, trabaja bajo una presión de nervios mucho mayor. ¿De acuerdo?

—Sí. No se puede cumplir plenamente como marido y a la vez cumplir plenamente como agente de nuestro grupo. ¿Me necesita para algo más esta noche?

—Es muy tuya esta noche. Creo que tardaremos en atrapar a Bastiano, ya que primero hemos de saber muchas cosas en torno a

sus actividades, y para ello es preciso dejarle en libertad de acción. Valcour seguirá en la misión hasta que averigüe dónde van a parar los planos falseados. Entonces, y solamente a partir de entonces, entrarás de servicio. Por cierto, creo que no conoces a Laforge.

—No. ¿Quién es?

—Uno de nuestra sección. Estuvo algún tiempo en misión, fuera de nuestras fronteras. Vale mucho, y probablemente será tu compañero de trabajo en la fase final del caso Bastiano.

—Bien… ¿Algo más?

—Felices sueños —y Chabrol tendió la mano para pulsar un resorte.

Se entreabrió la puerta de salida. Dirigiéndose a ella, volvió Danvers la cabeza:

—¿Algo se opone a que trate de proteger a Sonia?

—Por ahora, no veo nada que se oponga. Es más, puedes contarle a ella la clase de trabajo que hacía Hugo Clermont.

CAPÍTULO IV

Gerard Danvers conducía lentamente. Efectuó varios rodeos hasta adquirir la certeza de que no era seguido. Dejando atrás la Sorbona, penetró por la calle Saint Jacques.

Donde la calle se ensanchaba, formando una rotonda lateral para estacionamiento, aparcó el coche. Parado el motor, contempló el portal del edificio en cuyo último piso se alojaba.

No percibía nada anormal. Apeándose, resistió el embate del viento mientras cerraba. Y apresuró el paso hasta el zaguán. Era ya una costumbre buscar en la oscuridad sombras que pudieran ser repentinas siluetas atacando.

No había ninguna silueta al acecho.

Le gustaba su piso. Aunque fuera el tercero y último del edificio, y no hubiera ascensor.

A cada lado del zaguán había un comercio: librería y antigüedades. En el primer piso se oía un disco de música clásica. La inquilina, cuarentona, era profesora de música. En el segundo, habitaba un matrimonio anciano, apacible, de profesores jubilados.

Pisos no muy grandes, pero de recia construcción, a prueba de ruidos. En el rellano del tercer piso, la luz funcionó normalmente. Y sin embargo, Danvers tuvo de nuevo la sensación de que le acechaban.

Dedujo que era la reacción nerviosa que ahora se acentuaba al recordar el sorprendente efecto que le había causado Sonia. Había saltado al interior del piso de los Clermont esperando enfrentarse con una mujer aterrorizada.

Pero lo que no había previsto es que aquel terror fuera personificado por una de las mujeres más fascinantes que jamás había contemplado.

No era una belleza de cromo, sino natural, con una extraña irradiación de íntima delicadeza. Algo inexplicable.

Cerrando la puerta de su piso, Danvers recorrió cuarto por cuarto, incluida la cocina. Nada anormal. Cada ventana cerrada tal como la dejó.

Con la única diferencia de que por culpa del viento, dos de las ventanas crujían, en especial la de la cocina.

Sin mudarse de ropa, se instaló en un sillón. Necesitaba soñar un poco. Le causaba un infinito asombro aquella profunda impresión producida por su breve entrevista con Sonia.

Trató de razonar. ¿Era enamoramiento repentino? ¿O tal vez un estado emocional que le hacía exagerar al saber que una de las tantas intrigas del SDT comprometía la vida de una mujer?…

Cerrados los ojos, dormitó por cansancio físico. A ratos oía el crujido de las ventanas. Hasta que a sus oídos llegó un ruido distinto.

No era un ruido fuerte, pero sí distinto, y mucho más cercano que el producido por la ventana.

Alguien estaba en la sala, muy cerca de él.

Permaneció ojos cerrados. Tenía que controlarse y fingir que seguía dormitando. Pero entreabrió al mínimo sus párpados.

Y entonces, por entre sus pestañas, vio las piernas femeninas.

Eran unas piernas magníficas, enfundadas en medias de malla de color tostado. Unos zapatos de alta calidad. Esto fue lo primero que percibió.

La mujer se hallaba a unos cuatro pasos de distancia, frente a él. Separó un poco más las pestañas. Pudo ver el abrigo de astracán, abierto. Un vestido de punto *beige*. Y los brazos femeninos.

Uno colgando, el otro tendido hacia él.

Gruñendo, se removió como en busca de una posición más cómoda, que le permitió abarcar más espacio. Ella seguía inmóvil, pero su mano derecha había bajado. No empuñaba nada…, ¿o acaso sí? En todo caso, no podía verlo.

Una de las manos estaba enguantada y la otra desnuda. Ésta fue la que volvió a tenderse, al avanzar ella muy lentamente.

¿Cómo había entrado? ¿Qué pretendía hacer? ¿La diestra femenina no contenía nada o llevaba algo tan diminuto que no podía verlo? Si aguardaba hasta que ella hiciese algo, para averiguar… ¿no sería exprimir demasiado el factor suerte?

Apenas estuvo ella a su alcance, Danvers proyectó la abierta

zurda en rápida distensión, aprisionando la mano femenina cerrada que se tendía hacia su garganta.

A la vez que se levantaba, empujó Danvers a un lado el puño femenino. Una sincronización veloz de movimientos que solamente permitió a la visitante emitir un ahogado gemido al quedar súbitamente presa por la mano derecha y el brazo izquierdo.

Los dedos de Danvers resbalaron hacia la muñeca, apretando. Algo cayó al suelo, produciendo el tintineo similar al de cristales frágiles rompiéndose.

Hasta entonces, tras proyectarse y asir, Danvers había mirado en torno y a su espalda. Si hubiese alguien más, ya le habría atacado, meditó.

La mujer había acudido sola. Entrando por la puerta. Con ganzúa.

Miró a la desconocida. Una rubia de ojos grises, muy dilatados. Que respiraba entrecortadamente.

La mantenía Danvers a la distancia de sus tendidos brazos.

—Hola… No te oí tocar el timbre. ¿Cómo lograste adivinar que me sentía muy solo?

La rubia ostentaba una expresión extraña. No se resistía ni demostraba temor. Muy pálida, en blanco los ojos, parecía una médium en trance.

Danvers, soltando los brazos de la desconocida, la vio tambalearse levemente. La enlazó por la cintura.

—Comprendo que mi calurosa acogida te haya conmovido. Estaba precisamente soñando en una mujer como tú… Y llegaste de pronto. ¿No te importa acompañarme a comprobar algo?

Apretó más el talle. Ella caminaba con desmadejamiento.

Comprobado que la puerta no había sido forzada y que estaba de nuevo cerrada, comentó Danvers:

—Para evitar interrupciones indiscretas, echaremos los cerrojos de seguridad. Tu inesperada visita es maravillosa… No recuerdo cuándo te di mi llave. Mi memoria es fatal… No recuerdo tampoco ni cómo te llamas ni quién eres.

La rubia reclinó su cabeza contra el hombro de Danvers. Murmuró:

—Soy Magda Renan.

Hablaba como alelada. Con una expresión de total ausencia. Y

de pronto se dobló hacia delante, completamente desmadejada, con la inercia de una marioneta cuyos hilos se hubiesen roto repentinamente.

Si fingía, si era un truco, Magda Renan era indudablemente una gran artista.

Levantándola en brazos la llevó Danvers hasta el diván, donde la tendió. La contempló unos instantes con creciente asombro. No fingía. Estaba sin sentidos.

Una mujer bonita, vestida con distinción, que entraba sigilosamente en su piso valiéndose de una ganzúa. Que de pronto parecía sometida al influjo de una alucinación… o de un control remoto.

Apoyó Danvers las yemas a un lado del cuello femenino. No había pulsación. Bajo el seno izquierdo tampoco había latidos. Le alzó un párpado.

La pupila se había reducido a un minúsculo punto plateado.

Tal vez se hallaba bajo los efectos retardados de una dosis excesiva de droga. Lo cierto era que tan extraña resultaba su visita como su aparente carencia de vida.

Danvers se dirigió al teléfono. Mientras alzaba el aparato, seguía contemplando a la inerte desconocida.

El auricular no dio señal de comunicación. Volvió a encajarlo. Lo levantó de nuevo. Seguía silencioso. Habían cortado la línea.

Dejando encendido solamente un aplique esquinado, Danvers entró en la cocina y abrió la ventana, sosteniendo los batientes. Zumbaba el viento. Abajo, en el patio, todo eran sombras.

Pero una de ellas, contra el muro del fondo, era una silueta humana. No podía evitar en su inmovilidad de hombre al acecho, que el viento removiese los faldones de su largo chaquetón de piel negra.

Cerrando la ventana, se dirigió Danvers al balcón que daba a la fachada principal. Apartó un poco la cortina. Podía divisar la rotonda de aparcamiento. A un lado de su coche, había un individuo acomodado en postura de espera, reclinándose contra la carrocería, cruzados los brazos.

Repicaban muy suavemente en la puerta.

Regresó Danvers a la contemplación de la mujer inmóvil. Las suaves llamadas a la puerta estaban destinadas a ella. No querían

alertar a la vecindad.

Habían pretendido incomunicarle.

Se aproximó Danvers a la mesa sobre la cual se hallaba un televisor portable. Manipuló. Fueron apareciendo rayas de sintonía. Luego carraspeó la redecilla lateral de refrigeración.

La voz pausada, soñolienta del comisario Chabrol, emitió la identificación:

—Lorbach.

Un sistema sencillo, casi infantil, pero que daba excelente resultado. El apellido al revés. Un método de comunicación solamente para casos de urgencia.

Junto al amplificador susurró Danvers:

—Srevand al habla. Han sitiado mi domicilio. Lo incomprensible es el señuelo que emplearon. Una rubia con llave duplicada o ganzúa, actuando en forma extraña, absurda, entró… y apenas la sujeté, se comportó como en trance… Está en colapso total. Dijo únicamente que era Magda Renan.

—La retienes como sea. No te muevas. Envío órdenes para que ahuyenten a tus sitiadores. Cuestión de minutos. Es de la máxima importancia que retengas prisionera a Magda Renan.

CAPÍTULO V

Magda Renan seguía teniendo toda la apariencia de una muerta, cuando Danvers fue a abrir. El primero que entró era flaco, severo de aspecto, y llevaba un maletín negro.

Se dirigió rectamente, en silencio, hacia la mujer inmóvil.

El segundo visitante, recio y desaliñado, moreno, lucía un mechón rebelde que acentuaba su expresión de terca energía. Se llamaba Sorel y era el lugarteniente del comisario Chabrol.

Sentándose en el brazal de un sillón, comentó:

—Buen trabajo, Gerard. Hacía tiempo que deseábamos atrapar a esta bonita criatura en algún fallo. Luego te contaré —y bajando la voz, añadió Sorel—: Es una cataléptica.

—¿Cata…? Ah, vaya, ahora comprendo.

—Parece ser que posee la facultad de entrar en trance cuando le conviene. Nos interesaba saber cómo lo consigue. Tan pronto podamos sacarla de aquí, la llevaremos al «Hogar».

—¿Han despejado los alrededores?

—Ya está libre el terreno en torno.

Entraron dos camilleros que, al igual que el médico, pertenecían a la sección. Se llevaron a Magda Renan. El médico, antes de salir, diagnosticó:

—Si es catalepsia, es provocada por un agente químico, no a voluntad.

A solas con Danvers manifestó Sorel:

—Más valía que el medicastro supusiera que nos creíamos eso de la catalepsia provocada a voluntad de la interesada. Cuéntame lo que ha sucedido.

Danvers fue explicando. Entraron otros dos componentes de la sección. Dos químicos del departamento de investigación. Expuso Sorel:

—La chica tenía una ampolla de cristal en la mano y Danvers

cree que la rompió involuntariamente. Echen un vistazo en torno, muchachos.

Los dos analistas localizaron los trocitos de cristal reluciendo en el suelo. Arrodillándose, empezaron la tarea, recogiendo las esquirlas en finas láminas, abriendo frasquitos, pasando pincelillos, convirtiendo aquel sector del *living* en un laboratorio.

Preguntó Sorel:

—¿Registraste el bolso de la preciosa criatura?

—Supuse que esto pertenecía al jefe o a su representante, puesto que Chabrol me recalcó la gran importancia que tenía esta rubia.

—Tenemos plena confianza en ti —sonrió Sorel.

—¿Seguro? Tenía entendido que la base de la confianza radica en no confiar ni en nuestra propia sombra.

Sin replicar, Sorel fue hacia la mesita donde estaba el bolso de la misteriosa rubia. Abriéndolo, lo sacudió hacia abajo. Lápiz labial, perfilador de cejas, dos llaves, un monedero, un pañuelo y una carterita.

Abrió Sorel la carterita: tarjetas, un carnet de identidad y una fotografía. Recortada de una ampliación. La cara de un individuo de notable fotogenia.

Comentó Sorel:

—No mentía ella al decirte que se llamaba Magda Renan. Ya tenemos una dirección: calle SaintCloud, 17, distrito 16. Y la foto de su amado. El fulano que huyó del piso de Sonia Clermont era del género guapo, según informó Valcour. Podría ser este fulano, ¿no?

—Todo es posible mientras no demostremos lo contrario.

—Exacto. Vamos a ocupamos de esta dirección.

Iba hacia el teléfono, y agregó:

—Mientras el grupo de choque hacía una aparición ruidosa para ahuyentar a los que sitiaban tu residencia, dos técnicos se cuidaron de reparar el corte de tu línea.

Descolgó el aparato, y fue marcando números. Era como presionar botones sabiendo que cada uno pondría en movimiento a los agentes competentes.

Fue dando instrucciones: unos agentes irían a hacer averiguaciones a la dirección de la calle SaintCloud; otros recogerían la foto, de la que se harían copias para saber si dicho individuo era conocido por la vecindad del domicilio de Magda

Renan. Y por último, el agente que tenía por misión vigilar a los dos asaltantes del piso de Sonia Clermont, debía ser relevado y presentarse inmediatamente al despacho central de Chabrol.

Empleó Sorel diez minutos. Los químicos seguían atareados. Uno de ellos, cuchillo en mano, manifestó:

—Lo siento, pero el servicio tendrá que pagar otra alfombra. Necesitamos este pedazo. Se impregnó del contenido de la ampolla rota.

En el coche, los inspectores Sorel y Danvers guardaron silencio. Estaban acostumbrados a hablar lo menos posible, cuando se concentraban en un problema difícil.

Pasaron ambos por toda la rutina de paneles deslizantes. Esta vez, Chabrol se hallaba tras una mesa despacho, compulsando notas. Los dos hombres que Chabrol consideraba de su máxima confianza se sentaron, esperando.

Por fin, Chabrol apartó las notas. Dijo:

—Ya tenemos a Magda Renan bajo observación en el «Hogar». ¿Qué le explicaste a Danvers?

—Nada, aparte lo de la supuesta catalepsia —replicó Sorel.

—Bien… Hay algo que no te había mencionado, Gerard. Dos de nuestros compañeros llegaron muy cerca de Bastiano o de sus principales colaboradores. Y sufrieron algo raro que podríamos calificar como de apagón total. Por separado. Fueron hallados con aspecto de difuntos. Pero se recuperaron tras un tratamiento especial. Lo único en común en cada caso fue que cada uno de ellos mencionó una rubia que respondía a las características físicas de Magda Renan. Cada uno de ellos notó un arañazo en la mano. Cada uno perdió la conciencia de sus actos poco después de sentir aquel arañazo. Y parecían muertos cuando fueron recogidos en dos sitios opuestos de la capital. Era como una especie de catalepsia, pero sin ninguna de las habituales señales de vida interior: latido de corazón y pulso. ¿Comprendido?

—Empiezo a comprenderlo —dijo Danvers lentamente.

—Tenemos trabajando en este asunto a nuestros químicos. Parece ser tan rápido como el curare, pero sin los efectos mortales permanentes. Actúa en minutos, apenas es aplicado. Magda Renan es la primera persona que hemos podido tener a nuestra disposición en menos de media hora tras la aplicación de esta extraña droga.

Por esto me importaba tanto que fuera sometida a observación en nuestro «Hogar». Dame tu versión del hecho con las menos palabras posibles, Danvers.

—No vi lo que llevaba en la diestra cerrada cuando la avanzaba hacia mí, que fingía seguir dormitando. Apreté su mano. La ampolla, frasquito, o lo que fuese, se rompió en su mano y ella misma se arañó muy en contra de su voluntad. Por consiguiente, ella se disponía a dejarme a mí sin sentido.

—Así parece —comentó Chabrol mirando a su segundo.

Jean Sorel se rascó la sien antes de preguntar:

—¿Por qué crees tú que Magda quería dejarte fuera de acción?

—No tengo la menor idea. ¿Y tú?

—Tampoco. Por ahora.

Intervino Chabrol:

—¿Por dónde entró ella?

—Debía aguardar en algún sitio, y apenas entré, supo abrir mi puerta, o alguien le facilitó la entrada empleando ganzúa.

—Ya nos contará ella por qué Bastiano te concede tanta importancia a ti —manifestó Chabrol—. Posiblemente, creerán que sabes algo muy importante para ellos, ¿no?

Asintió Danvers.

—Eso creerán. La pega es que yo no sé desgraciadamente nada…

Resonó un zumbador y en la repisa se encendió una luz verde. Chabrol presionó un botón en la mesa y Sorel fue hacia la puerta del tabique que tenía una mirilla lateral. Dijo:

—Es Valcour.

Danvers percibió que tanto Sorel como Chabrol le acechaban.

Valcour, jefe de un grupo de choque, era un excelente investigador, pero le era antipático a Danvers. Una antipatía mutua, inexplicable. Era algo así como una alergia.

Por parte de Danvers tal vez se debía, como él mismo trataba de justificarlo, a que Jules Valcour, más conocido por Julot, era el clásico prototipo de matón. Siempre desdeñoso y sarcástico.

El panel de puerta corrediza se deslizó y Jules Valcour entró.

Era evidente que esperaba ver a Danvers. Le dedicó una lenta cabezada a modo de saludo. Sonriendo. Y aquella sonrisa era la culpable, porque Danvers nunca sabía si contenía supremo desdén, burla o condescendencia.

Valcour no perteneció nunca a la policía. Había sido seleccionado entre el hampa parisina, hasta que, sometido a muchas pruebas, pasó a ser agente especial de choque del grupo dirigido por Chabrol.

Tenía mucho éxito con las mujeres. Delgado, musculoso y siempre elegante. Saludó con la diestra abierta en ademán semicircular:

—Hola a todo el mundo. Vaya noche más agitada… ¿Por qué tuve que abandonar mi sacrosanto puesto de acecho?

—Quería que vieses esto —dijo Chabrol.

Tendía la foto que en su bolso llevaba Magda Renan.

—¿Conoces a este guapo ejemplar varonil, Julot?

Jules Valcour contempló la foto unos instantes. Y sonrió. Una mueca sardónica que sugería cuán penosa era que todo un comisario como Chabrol y sus dos mejores cerebros ayudantes se preocupasen por trivialidades de aquella clase.

—Claro que le conozco.

—¿Quién es?

—El tipo que estuvo esta noche en el piso de Clermont con el otro llamado Lascar. La propia Sonia me contó que este de la foto dijo llamarse Arnaud Renan.

—Por consiguiente, solamente le conoces por lo que dijo Sonia.

—No, no. Nunca me fío de lo que dicen ni las mujeres ni los demás, jefe. A este tipo yo le conocía de antes, porque frecuentaba mis barrios predilectos. Se llama, efectivamente, Arnaud Renan y vivía por el barrio de Boulogne.

—¿Calle SaintCloud, 17?

—Más o menos. Lo sé porque un día se me ocurrió seguir a una rubia estupenda, que no me hizo ni caso. Supe que era la hermana de Renan. Una tal Magda.

—Magnífico, Julot. Sigue vigilando a Renan.

—Como una lapa. Por el momento, él y Lascar comparten un estudio bohemio de Montparnó, tal como informé ya. ¿Algo más, jefe?

—Por ahora, no.

Jules Valcour volvió a describir un semiarco con la diestra abierta y abandonó el despacho.

Comentó Sorel:

—Camina como un gato, tiene la fuerza de un leopardo, su valentía es legítima… Me resulta antipático.

Miraba a Danvers. También la mirada de Chabrol era interrogante.

Danvers contestó sinceramente:

—Prejuicios. Julot nació en un ambiente de hampa y desarrolló sus facultades entre maleantes. Es lógico que se comporte como un matón hasta dándole chocolatines a un nene. Nosotros tenemos la deformación profesional del que tuvo hogar, buenos principios y le dio por dedicarse a polizonte.

Alzó Chabrol la comisura labial. Era su máxima concesión a la sonrisa. Dijo:

—Por esta noche ya hemos trabajado bastante, polizontes. Sonia Clermont está a salvo en el «Hogar». Pero es probable que apenas salga estará en peligro. Ya tienes una misión a partir de mañana y hasta nuevo aviso, Danvers: custodiarla.

Destellaron los ojos de Danvers. Le complacía mucho la misión.

Secamente, porque nunca se permitía exteriorizar humorismo alguno, agregó el comisario Chabrol:

—Supongo que la tarea no te resultará desagradable. Buenas noches.

CAPÍTULO VI

Gerard Danvers silbaba una cancioncilla mientras acababa de vestirse. La mañana era espléndida. Pasaba media hora de las nueve y había dormido magníficamente.

La tarea que más hubiera deseado era la de proteger a Sonia Clermont y había conseguido esta tarea. En el fondo, Chabrol era comprensivo.

Apenas Sonia fuera dada de alta en el «Hogar», empezaría la tarea del agente Danvers. También estaba en el «Hogar», Magda Renan. No sabía si ya había salido de su «estado cataléptico». Había muchas cosas que el agente Danvers no sabía.

Solamente Chabrol y Sorel conocían la totalidad del panorama. Él, Danvers, y un centenar de otros componentes del grupo, veían solamente partes del cuadro.

Era como si ellos buscasen una pieza del rompecabezas y cuando la hallaban, iban a dársela a Chabrol o a Sorel para que ellos la colocasen donde correspondía.

A veces este sistema resultaba muy poco satisfactorio, porque un ser humano deseaba por simple curiosidad ver todo lo que había tras la cortina. Y en el caso actual, que llamaban «Operación Bastiano», sabía mucho más del caso que de todos los precedentes.

Chabrol había sido extrañamente explícito.

El caso era sencillo en apariencia. Existía un tal Bastiano, conocido únicamente por este nombre. Un *gangster* que se dedicaba a conseguir información secreta y que dirigía una organización eficiente.

Chabrol necesitaba saber simplemente quién era Bastiano…

El teléfono repicó. Fue Danvers a descolgar.

—Buenos días, Danvers.

La voz masculina le era desconocida. Había en ella un curioso matiz irónico.

—¿Cómo está usted, Danvers?

—Por ahora no puedo quejarme.

—Me llamo Renan. Creo que usted conoce a mi hermana.

No había mucho tiempo para pensar en una respuesta normal. Ignoraba lo que podía saber Renan. Recurrió al fácil recurso habitual de hacerse el desentendido:

—Si usted lo dice, es posible…

—Déjese de petulancias estúpidas, Danvers. Quiero saber dónde está Magda Renan. Es más. Quiero que regrese ella inmediatamente. Y usted lo solucionará.

—¿De veras? Puesto que ya conoce mi dirección, ¿por qué no viene y charlamos del asunto?

—Présteme mucha atención, Danvers. Si quiere volver a ver con vida a Hugo Clermont, no me prepare ninguna trampa. Vengo a verle.

Renan cortó la comunicación.

Por si la línea estaba intervenida, Danvers empleó el televisor especial. No fue Chabrol el que contestó, sino Sorel. Informó Danvers sobre la reciente llamada. Sorel dijo:

—Si Renan viene, le recibes con gran corrección. Déjale pensar que estamos dispuestos a aceptar sus condiciones.

—De acuerdo. ¿Sigue Julot Vigilando a Renan?

—Sí. Estará al acecho a la distancia conveniente.

—Otra cosa… Estoy convencido que Clermont ha muerto. ¿Debo pretender que creo que está vivo?

—Naturalmente, porque has de hacer lo que sea con tal de lograr que Renan hable y diga algo que nos sirva para hallar cualquier indicio que nos permita saber quién es Bastiano. Además, hay alguien que está seguro que Hugo Clermont vive.

—¿Tú?

—No. Sonia Clermont.

—¿Cómo está ella?

—Mucho mejor. Simplemente, el cuello algo envarado y tratada con sedantes para amortiguar la lógica reacción nerviosa del *shock*.

—Suponiendo que Renan me visite, ¿debo luego seguirle?

—No es preciso, puesto que de ello se ocupa personalmente Julot.

Sorel cortó la comunicación. Danvers se aproximó al balcón

dando a la fachada principal. Brillaba el sol. La primavera daba a París su mejor aspecto. Para la gente que vivía normalmente.

Fumando, Danvers meditaba en lo que dijo cierta vez Hugo Clermont: «La vida ya es de por sí una complicada partida de ajedrez. La nuestra, por la profesión que elegimos, es una existencia inhumana, donde hemos de descartar todo sentimiento».

Se concentró en los recientes sucesos. ¿Por qué había venido Magda Renan a su piso? ¿Por qué Arnaud Renan declaraba con tanta ingenuidad aparente su identidad a la esposa del agente al que los hombres del enigmático Bastiano habían dado muerte…?

Un «Simca» viraba en la esquina de Gay Lussac. Fue a aparcar en la rotonda, arrimándose al propio «DS» de Danvers.

Su conductor se apeó. Era un individuo con aspecto de alto directivo de empresa próspera. Vestía impecablemente. Camisa blanca, traje gris y corbata severamente sencilla. Bajo el brazo izquierdo llevaba un portafolios.

Alzó la vista hacia el último piso, tras cuyo balcón la cortina impedía que fuera visible su inquilino.

Pasaron unos minutos y el timbre tintineó. Danvers fue a abrir.

Arnaud Renan poseía unas pupilas mortecinas, de intensa densidad. Examinaba al agente con rápida valoración.

—Adelante. Considérese bien recibido, Renan.

—Gracias.

Entrando, Renan aguardó a que Danvers cerrase la puerta y le precediese hacia el *living*.

—Instálese confortablemente, Renan.

—Prefiero seguir en pie. El motivo de esta visita es sencillo. Deseo que mi hermana regrese a su domicilio.

—Lo comprendo. A mi vez deseo saber la razón por la cual su hermana me visitó anoche, sin previo aviso.

—No haga preguntas a las cuales no puedo contestar, Danvers. ¿Dónde está Magda?

—Aplíquese la misma norma que acaba de concretar.

—Si seguimos así, esto será un diálogo entre sordos de conveniencia, Danvers.

La entonación de ambos era correcta, cortés, casi benévola. Podían militar en dos bandos opuestos, pero era evidente que tenían la misma consigna. No recurrir a violencia alguna, por el momento.

—Hay una pregunta que sí puede aclararme. Renan. ¿A qué se debe su descomunal aplomo? Sabemos que pertenece a la banda de los que secuestraron a Hugo Clermont. Sabemos que por escaso margen usted no logró suprimir a Sonia Clermont. Anoche me envía a su propia hermana con una evidente intención: dejarme en condiciones de ser transportado hacia un destino posiblemente mortal. Y viene a visitarme como si fuese un representante de electrodomésticos.

—Lo que nos interesa actualmente no es quiénes somos ni cuáles son nuestras metas. Objetivo actual, concreto. A menos que Magda Renan regrese a su domicilio, ilesa, intacta, los del SED nunca volverán a ver con vida a Hugo Clermont.

—¿El SED?

Esbozó Renan un rictus sardónico.

—No aludiré a mis canas, joven. Pero si mis cuarenta y cinco años tienen alguna experiencia ante sus escasos veintiocho, permítame decirle que preguntarme necedades es perder nuestro tiempo. En el punto al cual hemos llegado es necio soslayar lo que sabemos perfectamente. Usted no es ningún coordinador de programas de enseñanza. Usted es un exinspector, seleccionado por su alto coeficiente cerebral. Ingresó en el SED pasando al grupo independiente y considerado como la inteligencia del DCI.

—Ya sé que vivimos en una época de siglas. El DCI, o Departamento de Contra Información o Contraespionaje, es conocido por todo el mundo que lee la Prensa. Nunca he leído nada referente a la sigla SED.

Silabeó Renan con la aparente paciencia de un profesor:

—Sección Especial de Defensa, agente Danvers. Vayamos al objetivo que me ha hecho visitarle. Reitero: Magda será devuelta ilesa, si los del SED quieren recobrar a su agente Clermont vivo.

—¿Y cómo podemos saber que Clermont vive?

—Supongo que mi palabra de honor carece de toda valía para usted. Admito que Clermont quedó bastante maltrecho, pero a nuestra disposición tenemos cirujanos de primera clase. Pasará algún tiempo antes que Hugo Clermont pueda moverse libremente y dudo que en el futuro les pueda ser muy útil a los de su grupo, pero está vivo.

Gerard Danvers prefirió cruzar las manos a la espalda. La

crispación de puños era un preludio peligroso que solía conducir a la agresión. El cinismo de Renan era lógico.

Y podía ser muestra de gran habilidad. Sonaba convincente. ¿Deseaba hacer creer así en la supervivencia de Clermont?

Renan preguntaba de pronto con cierta brusquedad:

—¿Dónde está Magda?

—También nosotros nos ocupamos de ella. No se inquiete.

—Parece no comprender que nosotros podemos fácilmente permitir que Clermont muera.

Se esforzó Danvers en mantener el tono banal de su interlocutor:

—Me pasma su refinado léxico, Renan. No expone que Clermont puede ser rematado, estrangulado, triturado o disuelto en ácido, sino que corre el riesgo de que su grupo le permita amablemente morir. Todo con discreción, decoro y buenos modales.

—Ya no nos interesa ni vivo ni muerto. De ustedes depende. Por última vez, el trato es concreto: si desean que Clermont regrese, hagamos el trueque por Magda.

—Gracias por la oferta. ¿La aprueba, Bastiano?

Arnaud Renan cruzó los brazos. Seguía el portafolios preso bajo su axila izquierda. Tardó en contestar.

—¿Bastiano? ¿Quién es Bastiano? No nos extraviemos en teorías ni suposiciones. Quiero la devolución de Magda y será preferible no haya sufrido daño alguno.

—Le garantizo que deseamos intercambiar mercancías en las mejores condiciones posibles. ¿Cómo está su estrangulador de mujeres? Me refiero a Lascar.

Con altanería especificó Renan:

—No logro comprender su actitud ni me agradan sus modales, Danvers.

Y dirigiéndose hacia la puerta, agregó Renan:

—Tenía entendido que usted era amigo de Clermont.

—Éramos colegas de profesión nada más.

—Bien… Le telefonearé para proceder a los trámites del intercambio. ¿Estará usted en su piso a las tres de la tarde?

—Posiblemente.

—Le ruego que esté aquí a las tres de la tarde.

Abriendo la puerta, meditó Danvers que Renan resultaba un ejemplar increíble de la fauna humana. Dirigía *gangsters* y asesinos a

sueldo. Pero su aspecto era el de un directivo honorable.

Le vio alejarse caminando erecto, dominante, con su portafolios de financiero.

Por el balcón vio cómo conducía el «Simca». Con parsimonia, expertamente, sin prisas. Nadie parecía seguirle.

Pero Valcour, alias Julot, era un experto.

El «Hogar» era un centro de reposo del grupo SED. Cuando su estado nervioso era excesivo, algún agente pasaba una temporada en el «Hogar». También se atendían a los heridos. Y a los que debían ser sometidos a interrogatorios.

Cuando era vital obtener información de un prisionero, se ocupaban personalmente de conseguirla Chabrol o Sorel.

Danvers no estacionó cerca del «Hogar», sino en una calle lateral y algo apartada. El barrio era tranquilo. La arteria más transitada y próxima era la avenida de Gravelle, que circundaba por el sur los silenciosos parajes del Bois de Vincennes.

Danvers caminaba sin prisas. No le interesaba la flora del Bois de Vincennes. Le interesaba inutilizar al que le seguía.

Un individuo larguirucho, con aspecto de ocioso estólido, cubriéndose el negro cabello lacio y melenudo, con un detonante y llamativo sombrero tirolés verde.

Conducía un descapotable «MG» que pese a todos los rodeos le había seguido desde la plaza del Pantheon hasta la puerta Charenton, estacionándose también en los cobertizos de Gravelle.

Caminaba tras él, ahora, a unos veinte pasos.

Danvers no se internó por la alameda que llevaba al «Hogar».

Penetró por otra en sentido opuesto, y aguardó al desconocido, casi en la misma esquina.

El desconocido apareció. Se detuvo.

Permanecieron a una distancia de dos pasos, mutuamente calibrándose. El seguidor tenía aspecto de mocetón aburrido. Además del agresivo verde del tirolés, lucía un mostacho a la mejicana, botas de jinete, un «Lewis» azul, una camisa a cuadros y una amplia pescadora de ante.

Italiano, sudamericano…, catalogó mentalmente Danvers.

Pero aunque el acento era meridional, su francés era el nativo y legítimo de Marsella y contornos.

—Ya que he de presentarme no me queda otro remedio que

hacerlo. Soy Laforge.

—¿Laforge? Me suena…

—Forzosamente. Tuvo que mencionarme el director.

—¿Qué director?

—Calle La Harpe, caserón decrépito, resorte en el pasamanos, antesala, pared verde y por fin el comisario Félix Chabrol. Es humillante que no le hablase de mí, de Marius Laforge.

—No se ofenda tan fácilmente, Laforge. ¿Le agrada pasear por el Bois de Vincennes?

—Cuando hay carreras de caballos, sí. Supongo que se dirige usted al «Hogar». ¿Tenemos que quedarnos aquí a charlar de todo y de nada, compañero Danvers?

—Tal vez yo acudo a una cita galante. Es evidente que usted ha de seguir otro camino distinto al mío, por discreción elemental.

—Carezco por completo de esta condición. Tengo órdenes. No perderle de vista. Esta misma mañana, a primera hora, alquilé una habitación del segundo piso, en la casa frente a la suya. Mi misión es impedir que le sigan. No se retarde en su cita galante, Gerard Danvers.

Sonriendo, Danvers dio media vuelta y dobló la esquina.

Laforge estaba a unos cincuenta pasos de distancia cuando llegaba Danvers a la plaza des Pavillons. Un extenso espacio verde. Con media docena de grandes mansiones aisladas. Clínicas y sanatorios.

En la amplia acera siempre había algo que reparar. Levantar un murete o derribarlo. Abrir hoyos o rellenarlos. Pintar tapias o reparar tendidos eléctricos.

Aquel día, dos individuos con ropa de mecánicos contemplaban con mirada de técnicos al tercer operario que en el pozo de tuberías de agua manejaba una larga llave inglesa.

Día y noche, el «Hogar» era custodiado, aunque nunca, desde su institución, el recinto había sido invadido.

Entre el césped y parterres floridos, una amplia alameda con gravilla serpenteaba hasta la escalinata y galería de columnas. En el frontispicio la misma placa que en la gran verja abierta:

Sanatorio particular geriátrico

Médicos y enfermeras pertenecían al SDE. No rebasaban los cuarenta años. Ni tampoco los alojados.

En el mostrador del vestíbulo, Danvers fue acogido por una mujer de blanco uniforme. Plácida y maternal, pese a sus treinta y cinco años. Era conocida como hermana Laura.

—¿Qué tal, señor Danvers? Me alegra volverle a ver. Creo que desea visitar a la señora Clermont.

—Eso es. ¿Cómo está?

—¿Ella o yo? —rió hermana Laura.

—Usted siempre está magnífica y estupenda.

—Sonia Clermont se repondrá pronto. Está moralmente preocupada por su marido. Preocupada no es exactamente la palabra, pero usted ya me comprende.

—Digamos obsesionada. ¿Puedo usar su teléfono, hermana?

—Enteramente a su disposición. Tengo precisamente que ir a visitar a la otra paciente. Magda, habitación siete. Esta mañana a las ocho cuarenta recobró la normalidad, aunque pretende que no recuerda nada en absoluto.

La enfermera desapareció escaleras arriba. Danvers marcó los números de la línea especial y cuando Chabrol contestó, dio también Danvers la contraseña de identificación.

—El colega que usted me anunció trabajaría en equipo conmigo, ¿tiene unos treinta años, voz cavernosa, acento marsellés y pinta de *playboy* mejicano?

—Esta descripción corresponde exactamente a Marius Laforge.

—Entonces, necesita que le enseñen a seguir sin que lo descubran en menos de diez segundos.

—Te comunico que Laforge ha sido tu constante sombra desde hace una semana.

—¿Que ha sido mi sombra…? Entonces, ¿dónde demonios estaba anoche?

—Al acecho. Pero tú no necesitabas su ayuda. El otro bando sigue ignorando el aspecto de Laforge.

—Lo menos que puedo decir es que resulta más que vistoso.

—Le proporciona excelentes resultados. Existe una vieja opinión de que nunca buscamos un objeto encima de una repisa, donde está muy a la vista, sino por todos los rincones oscuros.

—¿Puedo inquirir qué deduce usted de la extraña visita de

Renan?

—Todavía no he sacado ninguna conclusión a este respecto.

—¿Cualquier orden de último momento, señor?

—Magda Renan persiste en que no recuerda absolutamente nada. Una amnesia posible o conveniente para ella. Visítala y procura que admita reconocerte. El resto déjalo al cuidado de hermana Laura. ¿Comprendido?

—De acuerdo.

En el corredor del primer piso acudía hermana Laura, procedente de una de las habitaciones. La siete. Manifestó Danvers:

—Me resultaría imposible atinar si realmente Magda me reconocerá o no finge su amnesia.

—Tras el tabique podré juzgar por la expresión que adquieran sus facciones. Aguarde un minuto antes de entrar.

Pasó la diplomada en psiquiatría a la habitación número ocho. Todas las habitaciones pares estaban siempre desocupadas. Poseían en cada tabique medianero una lente bifocal de aumento que no era visible desde las habitaciones impares, por coincidir con el soporte de apliques eléctricos.

En la espera, los pensamientos de Danvers evocaron la noche anterior cuando estaba dormitando y Magda Renan se había acercado sigilosamente tendiendo la diestra que contenía el diminuto recipiente de cristal cuyo arañazo inutilizaba el organismo.

Abrió lentamente la puerta número siete.

Magda Renan estaba sentada en la cama, hojeando una revista. Sobre el camisón blanco no había más adorno que un número: el siete. Tenía aspecto saludable.

No se dio ella cuenta de la cautelosa entrada del que no cerró la entreabierta puerta, y avanzó un paso, tendiendo una mano cerrada, colgante la otra al costado. Idéntica postura a la que ella adoptó la noche anterior. Dio Danvers otro paso.

Y entonces ella se dio cuenta de que alguien estaba cerca.

Ladeó la cabeza rápidamente. El terror inundó sus ojos y, agitada la respiración, hubo jadeo en su exclamación:

—¡Usted!

—Es agradable comprobar que me recuerda.

Y Danvers vino a sentarse al borde de la cama.

—He venido a devolverle la visita que me hizo anoche, Magda.

—Yo…, yo, no… ¡Nunca le he visto!

—Ya es tarde para desdecirse, muchacha. ¿Por qué vino? ¿Qué se disponía a hacer conmigo apenas recibiese el arañazo?

Ya no había terror en los ojos grises, sino resentimiento. Y terquedad en las facciones, al apretar ella los labios, manifestando su propósito de encerrarse en mutismo defensivo.

Chasqueó Danvers la lengua. Sonrió persuasivo:

—Es preferible ser positivos, Magda. Hazme caso y cuéntame la verdad a mí, antes que vengan otros. Unos especialistas que hacen hablar a un sordomudo.

Ya no sonreía. Hablaba lentamente, procurando infiltrar en ella el temor.

—El juego en el que has participado no es apto para muchachas sensibles. Es una partida en que algunos de los jugadores reciben palizas, son heridos, mueren, son torturados…

Ella retrocedió el busto, encogiéndose un poco contra las almohadas.

—Hazme caso, Magda. Yo no maltrato a mujeres. ¿Conoces a un hombre llamado Lascar?

—Yo, no…

—¡Cuidado! ¿Le conoces?

—Sí… Trabaja a sueldo de mi hermano Arnaud.

—Bien… Por consiguiente conoces a Bastiano.

—¡No! ¡No!

—Mientes, preciosa. Tú conoces a Bastiano.

—¡Juro que no conozco a nadie llamado así!

Ella parecía querer alejarse, hundirse más en las almohadas. Como si él la aterrorizase. ¿Estaba aterrorizada? ¿Lo fingía? Sus ojos eran inmensos ahora.

Probablemente era una neurótica. Tal vez el motivo de su actual pánico era efecto de la droga desconocida.

—Me reconociste cuando entré, Magda.

—No sé dónde te he visto, pero sé que te he visto antes de ahora.

—Te ayudaré un poco… Anoche viniste a mi piso, calle SaintJacques. No llamaste. Entraste forzando la puerta. ¿Vas recordando?

A medida que Danvers hablaba, ella sacudía la cabeza en negativas progresivamente más frenéticas.

Levantándose, agregó Danvers:

—Medita unos instantes, Magda. Si te callas ahora luego vendrá un especialista en torturas. Medita en ello.

Ella seguía meneando la cabeza a un lado y otro. Cada vez más lentamente.

Abandonó Danvers la habitación, cerrando la puerta Aguardó unos instantes en el pasillo. Del cuarto contiguo salía hermana Laura.

—Apenas se marchó usted, ella no alteró su actitud Seguía denegando con expresión sincera de desamparo y olvido.

—Cabe la posibilidad que no ignore que está bajo observación por una de sus mirillas, hermana.

—Es posible, pero puedo afirmar que esta mujer no se halla en estado normal y que actualmente no finge.

—Informe a jefatura, ¿quiere?

—Voy a hacerlo. La habitación de Sonia Clermont es la once. Segundo piso.

Danvers subió los amplios peldaños tapizados. En el corredor del segundo piso, un enfermero siguió leyendo una novela, tras la mesa al lado de una centralilla.

Se detuvo Danvers ante la puerta número once.

Era absurdo que notase los latidos acelerados de su corazón. Esto solamente creyó que podía ocurrir en las novelitas amorosas. Pero desde que saltó al interior del domicilio de los Clermont, la imagen de la extraña belleza de Sonia ocupaba su mente casi todo el tiempo. Cada vez con mayor intensidad. Y sentía como un complejo de culpabilidad.

Era la esposa de Hugo, un colega. Porque ahora había una duda, o razones para dudar de si había muerto Clermont.

Lo único cierto para Danvers era que aquella mujer parecía poseer algo vital, algo que para él resultaba tan necesario como respirar.

Llamó a la puerta. Una voz ronca invitó:

—Adelante.

Al igual que Magda Renan, ella estaba sentada en la cama. La suave llamarada cobriza de su cabello resaltaba más por contraste

con el blanco camisón cerrado hasta el cuello.

Sus ojos eran grandes, celestiales, gloriosos.

Tenía un vendaje en tomo a la garganta. Y ella le reconocía. La mirada de interrogación se disipó. El tenue sonrosado de sus mejillas desapareció.

Cerrando la puerta, avanzó sonriente.

—Hola. Celebro saber que está usted mucho mejor.

Se preguntaba si ella podía saber lo que él experimentaba íntimamente. Nunca le había sucedido algo semejante.

—Pensaba… que ya no volvería a verle —decía ella roncamente.

Una ronquera que hacía aún más femenina la honda resonancia de su voz. Para un médico aquello era afonía. Para Danvers música sinfónica.

Pero adoptó el tono banal, despreocupado, al replicar:

—Siempre me veo obligado a aparecer cuando menos soy esperado.

Atrajo una silla y sentándose con el respaldo contra el pecho, añadió:

—Anoche se portó usted formidablemente. Gracias.

Ella no replicó. Le contemplaba con recelo, o tal vez con aprensión. Prosiguió Danvers:

—Supongo que usted ya asimiló que se trataba de lo que los románticos llaman servicio secreto.

—Sí. Lo sospeché hace algún tiempo.

—Ahora todo lo que tiene que hacer es permanecer aquí hasta que acabe el asunto…

—No. No puedo seguir aquí. Debo encontrar a Hugo.

—Lo estamos intentando.

—Por favor… Yo sé que usted… que todos creen que él ha muerto. Yo estoy segura que no ha muerto.

—Su certeza tiene alguna base. ¿Cuál?

—Ninguna base. Es… presentimiento, corazonada, intuición femenina… como quiera llamarlo…

—Si está vivo, daremos con él.

—Está vivo —afirmó ella categóricamente.

—Naturalmente que sí —dijo el que entraba en la habitación—. ¡No se mueva, Danvers!

Hablaba con autoridad.

Era Arnaud Renan.

CAPÍTULO VII

Renan ostentaba su habitual aspecto de impecable directivo. Pero se hizo a un lado tras la rápida entrada, y en el marco quedó un individuo de corta talla.

Danvers se puso en pie lentamente. Le resultaba casi imposible creer lo que veía. Era como si aquellos dos intrusos hubiesen podido atravesar las paredes.

—No pretenda sacar su arma, Danvers. Únicamente conseguiría perjudicar a la señora —advirtió Renan.

Sonia miraba con repulsión al otro. El de corta talla, de facciones afiladas y larga nariz de punta roja y respingona. Sonreía. Le faltaban dos dientes y la mella resaltaba más entre el resto de la amarillenta dentadura.

Tenía los brazos muy largos. Las manos grandes y nudosas. Una de ellas en torno a la culata de una automática.

Pensó Danvers que aquél era el llamado Lascar.

Decía Renan:

—No pretendemos causarle ningún daño ni a usted ni a la señora Clermont. Hemos venido a liberar a mi hermana. Le hice creer a usted que parlamentaría a las tres. En consecuencia ni usted ni sus colegas esperaban que pudiese venir aquí, tan pronto.

Danvers no replicó. Calculaba la distancia que le separaba de Lascar, mientras Renan, con expresión altanera, de superioridad, añadía:

—Cuando le visité esta mañana, sabía que me seguían. Pero como ya era conocido por sus colegas, en nada me perjudicaba al visitarle. Es fácil adivinar sus reacciones y las de sus colegas, Danvers. Me dejarían entrar y salir libremente de su piso. No soy yo el que les interesa.

Danvers siguió en silencio. En la acera al exterior habían los tres supuestos fontaneros. Dentro, varios enfermeros expertos en lucha,

yudo y armamento. Renan no podría salir. Sin embargo… había entrado.

Sonia, rígida, no podía apartar la mirada de las manos de Lascar. Las manos que estuvieron a punto de estrangularla.

Alguien, en alguna parte del edificio, gritó. Un grito breve, truncado. La boca de Lascar se dilató en sonrisa ensanchada. La mella resultó más visible.

El tono de Renan se hizo afable.

—Es preciso que comprenda perfectamente lo que voy a exponerle, señora Clermont. Su marido está vivo. Lesionado, pero no de gravedad. Pronto estará perfectamente.

Las palabras y el tono de voz lograron que Sonia apartase la fascinada mirada de las manos de Lascar.

—Su marido mejorará del todo, siempre y cuando usted se comporte con sentido común. No colabore para nada con Danvers ni con nadie de su grupo. Sea lo que sea lo que esta gente le pida, niéguese rotundamente. ¿Comprende? Es muy importante que me haga caso y lo haga así, o de lo contrario podría afectar la salud de su marido. Él estará por completo a salvo, siempre que usted no haga nada para ayudar a esta gente.

Y señaló Renan a Danvers, con la zurda.

Con una extraña sacudida del pulgar. Algo resplandeció ante los ojos de Danvers y estalló contra su boca. No estaba seguro de lo que era. Aspiró el súbito y agobiante hedor del amoníaco penetrando en ola quemante garganta abajo.

A ciegas, enfurecido por el repentino sufrimiento, saltó hacia delante. Algo le rozó con fuerza. La puerta cerrándose.

La quemazón en su boca y nariz parecía acrecentarse un devorador incendio. Apenas podía respirar. Como si su tráquea y sus pulmones se hubiesen convertido en brasas.

Todo se oscureció. Sabía que estaba perdiendo el equilibrio y quiso abrir la puerta a tientas. Fue resbalando contra la puerta, en completa tiniebla de inconsciencia.

Seis hombres con máscaras antigás habían concluido el recorrido por el «Hogar». Rociando como si procediesen a una desinfección. Pacientes y enfermos yacían dormidos en sus camas o sillas.

La hermana Laura, desmadejada sobre la mesita de recepción, suspiraba rítmicamente, profundamente dormida.

Dos de los asaltantes se llevaban a Magda Renan hacia la ambulancia que esperaba ante la salida posterior.

Los restantes cuatro salieron por parejas, penetrando en la ambulancia.

Renan y Lascar se dirigieron hacia el «Simca».

Los tres operarios ya no estaban visibles. Se hallaban dentro del pozo de canalización de aguas.

Sentado en un banco lejano, Marius Laforge había presenciado la llegada de la ambulancia que se arrimó a la acera. Parecía como si el conductor solicitara un informe de los tres operarios.

Cuando los tres agentes de vigilancia demostraron con su tambaleo y repentino desmadejamiento que quedaban fuera de utilidad, Laforge se encaminó hacia su descapotable.

Manipuló en la radio. A la sintonía replicó la voz de Sorel.

—Laforge informando. Una ambulancia ha dejado fuera de combate a los centinelas del «Hogar». La ambulancia se dirigió hacia la salida posterior de la clínica. Entró un «Simca» en los jardines. ¿Ordenes?

—Comunícame lo antes posible descripción y matrículas de la ambulancia y del «Simca».

Diez minutos después comunicaba Laforge descripciones y matrículas. Añadiendo:

—Los dos primeros en salir se han quitado unas máscaras antigás. Transportan a la hermana de Renan. Otros dos siguen… Otros dos… Todos desaparecen en la ambulancia… Ahora salen Renan y Lascar… Van hacia el «Simca»… La ambulancia emprende el norte, por Bould vard Soult… A unos veinte metros sigue el «Simca»… Es todo. ¿Voy al «Hogar»?

—Espera unos diez minutos. La ambulancia y el «Simca» ya van a tener su «cola». Tú esperas a que vengan unos compañeros.

—No me gusta preguntar, pero si Renan y Lascar era vigilados por el grupo de Julot Valcour, ¿cómo han podido actuar tan tranquilamente?

—Valcour y su equipo fueron engañados, atraídos a otro lugar. Los rufianes de Bastiano sincronizaron la doble maniobra. Apartar de Renan y los suyos a Valcour, mientras visitaba el «Hogar». De todos modos ahora Renan ya está nuevamente vigilado. ¿Suspiras?

—Bufo un poco.

—Pues cálmate. No nos interesa lo que hace Renan. Nuestro objetivo es llegar a Bastiano.

—Así sea.

—¿Estás seguro que no sacaron del «Hogar» a Sonia Clermont?

—Segurísimo. Mis prismáticos son muy potentes.

Menos de un cuarto de hora después, un «DS» negro penetraba en la Place des Pavillons. Poca gente transitaba por aquel sector, y nadie tenía motivos para sospechar que ocurriese nada anormal.

Laforge atravesó la calzada, subiendo al «DS» que remontó la alameda hacia el «Hogar».

Jules Valcour ostentaba un magullamiento en el pómulo. Al igual que sus dos compañeros tenía un aspecto sombrío.

Marius Laforge manifestó al detenerse el coche:

—Primero será mejor echar un olfateo. Ya no habrá gas por los vestíbulos y pasillos, pero en alguna habitación algo quedará. Primero echaré un olisqueo.

—Anda, vete y demuéstranos que eres un héroe —rezongó Valcour.

La clase de comentarios achulados de Julot Valcour que encrespaban a Danvers. Pero el marsellés Laforge era menos sensible.

—No hace falta que demuestre lo que es archisabido, Julot.

La puerta principal estaba abierta. Fueron olfateando como sabuesos humanos. Ya no subsistía rastro del gas volátil. Fueron abriendo ventanas y puertas.

Salvo por los durmientes, no encontraron señales de nada anormal hasta llegar ante la puerta once del segundo piso. La habitación ocupada por Sonia Clermont.

Recomendó Laforge:

—Aquí hay que pisar con tiento, Julot.

—Pisa tú entonces, moreno —rezongó Valcour.

Laforge abrió la puerta unos milímetros. Olfateó. Contuvo su respiración, inundados los ojos de lágrimas. Restalló su brusco cierre de la puerta.

Valcour se encasquetó una de las máscaras, imitado por su acompañante. El tercero seguía al volante, y su máscara la llevaba Laforge.

Abrieron.

Tuvieron que empujar un poco.

Gerard Danvers rodó a un lado. Inerte. Hinchados los cerrados ojos congestionado el rostro y abierta al máximo la boca.

En la cama, Sonia Clermont dormía demasiado profundamente.

Laforge fue a abrir la ventana. Valcour empujó la cama hacia la ventana. El tercer agente fue en busca de los dos médicos internos. Sería preciso despertarlos lo antes posible, como fuera. Solicitó por teléfono instrucciones al departamento clínico del grupo SED.

CAPÍTULO VIII

Gerard Danvers fue volviendo en sí, muy lentamente. Al principio solamente sabía que se encontraba cómodo, aunque sediento. Dormitaba y al recobrar el sentido, tenía una sensación de letargo y una ausencia total del deseo de pensar.

Cuando pudo abrir los ojos vio una enfermera que le daba algo a beber que le sentaba bien. Volvía a dormirse agradablemente. Esto ocurrió muchas veces.

En un intervalo de lucidez recordó de pronto el chorro de amoníaco y que Sonia estaba en la misma situación. Cuando la enfermera acudió con su brebaje Danvers creyó gritar:

—¿Sonia… Sonia Clermont?

Era un leve murmullo, pero ella lo pudo oír.

—Está muy bien. Mucho mejor que usted, Danvers.

—Estupendo.

Volvió a caer en la modorra. No fue hasta más tarde cuando supo que durante tres días había estado en peligro de muerte. Al cuarto día, ignorando que murmuraba constantemente el nombre de ella, le pareció un hermoso sueño ver a Sonia.

Aunque estuviera sentada en silla de ruedas, convaleciente.

Danvers solamente veía los inmensos ojos celestes, y la esplendorosa caballera color miel. Una imagen que perduraba en su mente.

Cuando por fin fue autorizado a levantarse, descubrió que había estado inconsciente durante una semana. Por consiguiente hacía cerca de tres semanas que había tenido lugar la incomprensible incursión en un lugar que se consideraba bien vigilado y secreto.

Y por fin recibió la visita de Sorel que le escuchó desfogarse durante unos minutos.

—De acuerdo, Danvers. La vida de Sonia corrió peligro. Y de nada sirvió dejarles escapar con la intención de ver si nos conducían

al ignorado paradero de Bastiano. La ambulancia y el «Simca» se perdieron de vista.

—Últimamente nos volvemos muy torpes o los otros muy listos.

—Supieron que eran seguidos y lograron atascar la carretera, escapando. Horas después la ambulancia fue hallada y también el «Simca». Eran dos coches robados. No había la menor huella en ambos vehículos.

—Y ahora se ha perdido hasta la pista de Renan —masculló rencoroso Danvers—. Nunca he sentido una impresión tan aguda de hacer el ridículo.

—Siento lo mismo. Lo que nos atosiga es que Bastiano sabe mucho de nosotros, y nosotros nada de él. Sigue a nuestros compañeros cuando quiere. Conoce nuestros refugios, costumbres y trucos. Nunca hemos luchado contra una situación semejante. Chabrol y yo tenemos la casi seguridad de que Hugo Clermont vive y tenemos que encontrarle.

—No estaréis suponiendo que Clermont nos traiciona.

—Desde que Clermont desapareció empezamos a tener pruebas de que Bastiano poseía informaciones muy confidenciales sobre nosotros. Clermont conocía muchas cosas… ¿Es que resulta imposible que hayan logrado hacerle hablar?

—No es imposible, pero tampoco es evidente.

—Por esta misma razón hemos de averiguar si Clermont vive o no, y si es él quien proporciona información a Bastiano… o éste la obtiene de alguna otra fuente.

—¿Por qué creéis que Clermont vive?

—Pudieron matarla y no lo hicieron. Deducimos que si quieren que Clermont siga informándoles, intentarán secuestrar a Sonia, amenazándole a él con torturarla a ella, si no habla.

—Hay un fallo…

—¿Sí? ¿Cuál?

En las dos sílabas interrogantes del segundo jefe del grupo alentaba mucho interés.

—Cuando Renan y Lascar entraron aquí pudieron llevarse a Sonia. ¿Por qué no lo hicieron?

—Consideraron suficiente advertencia que si nos ayudaba, acabarían con Clermont.

—¿Y ahora por qué crees que intentan secuestrarla?

Jean Sorel se rascó la coronilla. Un tic cuando estaba molesto.

—Escucha, Gerard… Hemos de dejar aparte totalmente los sentimientos. Nos interesa cazar al desconocido Bastiano como sea, porque es el cerebro director de la banda enemiga. Suponemos que Clermont está prisionero donde se halla Bastiano. Supongamos que logremos convencer a Sonia para que trabaje para nosotros… Entonces, dejaríamos que la secuestraran… y ella nos conduciría a Bastiano.

Danvers no contestó.

—Ella sabría lo que debería buscar y cómo enviamos un mensaje. Así tendríamos la oportunidad de cazar a Bastiano. Tú has de convencerla.

—¿Por qué yo precisamente?

—Porque creemos que eres el más capacitado. Los dos iréis a Suiza. Una convalecencia lógica para vuestros pulmones afectados. Durante este tiempo, queremos que consigas que Sonia trabaje para nosotros, instruirla y asegurarte que ella hará todo lo posible para conducirnos a la captura de Bastiano.

A ratos le ardían los bronquios a Danvers. Ahora le ardieron los ojos.

—¿No bastó con enviar a Clermont a la muerte? ¿Debemos también enviarla a ella…?

No pudo seguir, falto de aliento. Agarró rabiosamente el «*spray*» cuya vaporización le aliviaba.

—Escucha, Gerard… No estamos enzarzados en una simple misión de recuperar planos ni fórmulas. Se trata de la seguridad de nuestra propia sección. Mientras Bastiano siga siendo informado… todos nosotros no somos útiles ni podemos cumplir con nuestro deber.

Jean Sorel siguió argumentando, hasta que por fin, atajó Danvers:

—Conformes, de acuerdo… Acepto esta maldita misión, pero presentaré mi renuncia definitiva, si a ella le sucede algo irreparable…

—Cálmate, hombre. Todo irá bien. Ya verás como sí.

Danvers paseaba a lo largo de la galería del chalet, contemplando los distantes picachos nevados.

Abajo se desparramaban los valles fértiles, plenos de verdor tras

las nieves del invierno. A poca distancia del chalet aislado, se hallaba la cabaña que era la plataforma final del funicular. En la plataforma penúltima, extensa, estaba el Hotel Alpino donde efectuaban sus comidas.

En el chalet, con sencilla naturalidad, había ella aceptado dormir en la alcoba del primer piso. Danvers dormía en el *living* de la planta baja. Un arreglo que ella consideró natural: desde que las manos de Lascar rodearon su garganta, ansiaba tener protección, alguien que le inspirase confianza, para que sus sueños careciesen de pesadillas.

Danvers bajó los peldaños que conducían al llano entre el chalet y la plataforma final del funicular donde la cabina colgante llegaba manejada automáticamente desde su interior.

Sonia Clermont salía de la cabaña y acudía hacia Danvers. Caminaba también aprisa. El sol aureolaba concediéndole una belleza casi sobrenatural.

Al llegar ante ella, y detenerse ambos, tuvo Danvers que dominarse para no demostrar el deleite íntimo que experimentaba.

—¿Qué tal? ¿Lo pasaste bien con tus compras?

—Mucho… Y comí deliciosamente en el pueblo.

Caminaban ahora juntos hacia el chalet. Añadió ella:

—No me asusté porque me avisaste que uno de tus colegas me vigilaría. Al principio temía que… fuese alguien enviado por Renan.

—Aquí no podrá llegar. Tenemos ángeles custodios, aunque sean poco angelicales de aspecto.

El *living* del chalet tenía todo el acogedor confort del refugio alpino suizo. Dejó Sonia su bolso en un sillón.

—¿Había correo? —preguntó Danvers.

—Dos cartas para ti. Una para mí. Todavía no he leído la mía.

Alzando los brazos colocó sus manos bajo la espléndida mata cobriza, ahuecándola. A la vez miraba hacia el paisaje que los cristales transparentaban.

En la posición que había adoptado, su figura adquiría una maravillosa femineidad.

—El paisaje es precioso —dijo ella.

—Nunca vi nada tan hermoso.

Algo en la voz masculina hizo que ella bajase sus manos, mirándole fijamente. Sin reproche. ¿Era posible que no hubiese

adivinado todavía que él estaba profundamente, desesperadamente enamorado?

Para disipar el breve momento de anormalidad en la amistosa relación dijo Danvers:

—Echaré un vistazo a mi correspondencia.

Le entregó ella las dos cartas. Reconoció en una la letra de Marius Laforge, el marsellés. Era su pareja de misión, el que mantenía contacto. La otra carta estaba mecanografiada, con matasellos de París, al igual que la de Sonia.

No parecía ella interesada en su carta, probablemente porque adivinase que debía ser de alguna amistad y no era importante.

—Ahora sabré si he sido sentenciado —comentó Danvers.

—¿Sentenciado?

—A regresar a París. Es una lástima que no pueda permanecer aquí para siempre. Tengo que acreditar el sueldo que me pagan.

Ella había estado sonriendo. Su semblante se tornó serio. Cada vez que él se refería a su trabajo, ocurría lo mismo. Era un tema del que habían hablado con frecuencia. Ella admiraba a los agentes secretos como profesionales. Pero una confidencia se le escapó.

Dijo ella textualmente: «… Hugo no debió casarse conmigo porque mató el amor que me pudo inspirar. Solamente le obsesionaba su trabajo. Para él, yo era simplemente un objeto bonito que adornaba la casa en sus breves estancias».

Levantándose dijo Sonia:

—Regreso en unos minutos, Gerard.

Desapareció escaleras arriba, dejando su carta.

Abrió Danvers la de Laforge. Comunicaba lacónicamente:

> «Sin novedades dignas de mención. Sospecho se avecina nuestro regreso al campamento base con su hermoso asfalto y sus muchos decibeles».

La otra carta tenía la contraseña de identificación de Sorel.

> «Ha llegado el momento. Aborda inmediatamente tu misión. Has de convencer a tu compañera de convalecencia.
>
> »Vuestro chalet está siendo buscado por los del otro campo. Tienes una guardia invisible. Pero, dadas las

circunstancias, es conveniente que solamente duermas con un ojo cerrado.

»El gran patrón se reafirma en su teoría: uno de nosotros traiciona a los demás.

»Cablegrafía apenas ella quede convencida».

Como escribía Sorel, había llegado el momento. Ahora le tocaba persuadir a Sonia para que ingresase en la legión de combatientes en las sombras.

Unas sombras donde todos los senderos eran resbaladizos, donde la traición era frecuente y siempre inesperada.

A través del ventanal vio que el sol destellaba por rechazo sobre algo metálico. En una estribación rocosa divisó la diminuta silueta de un aficionado al deporte montañero, vestido con el blanco jersey y las demás prendas lanudas que hacían parecer uniformados a todos.

También parecía era normal que enfocase prismáticos. Hacia el chalet solitario…

Bajaba Sonia. Plena de calma y serena belleza.

Fue tal vez el sol destellando en los prismáticos espiando, lo que hizo perder el control a Danvers. Empezó a hablar con fervor:

—Durante estos días he sabido ya que tú significas todo lo realmente hermoso de la vida, Sonia. No debería hablarte así, pero…

—Por favor, no sigas, Gerard… Ya sé… Y yo también lucho contra mis sentimientos… Pero te lo ruego… No hablemos de esto.

—De acuerdo —y se esforzó en recobrar su calma—. No te lo repetiré, pero antes que nos vayamos de aquí, hay algo que sí debo decirte. Te lo digo ahora y te lo diré delante de Hugo si está vivo. Te quiero con toda mi alma, Sonia. No lo puedo remediar. Así es.

—No…, no hablemos de esto… Más tarde, cuando sepamos… Por favor, Gerard.

Sonrió él, mirándola con embeleso. Y ella para disipar el peligro del momento, cogió la carta, rasgando el sobre.

Fue leyendo con progresiva excitación. Por fin murmuró:

—Es de Hugo. Está vivo.

CAPÍTULO IX

Tendía ella la carta a Danvers que la cogió a desgana. Como hombre no sentía el menor deseo de leer una carta dirigida a la mujer que él amaba.

Pero era evidente que ella ansiaba que la leyese.

> «Sonia:
>
> »No estuve en condiciones de poder escribirte. Me han dicho que fluctué entre vida y muerte, pero ya voy mejorando. Cumplo con una misión especial. Cuando la termine, es posible que podamos vivir una existencia normal, fuera de Francia. No te preocupes. Soy una especie de prisionero, pero no corro ningún peligro.
>
> »Existe la posibilidad de que podamos vernos pronto. No estoy todavía seguro, pero prepárate a recibir otro mensaje mío. Intentaré comunicarte dónde nos encontraremos. Pero… sobre todo no digas nada a los otros, no digas nada a nadie.
>
> »De un modo u otro me las arreglaré para darte una cita.
>
> »Afectuosamente,
>
> »*Hugo*».

La primera impresión de Danvers fue ajena a su profesionalismo. Aquel mensaje no era el propio de un hombre escribiendo a una mujer que le ama. Por consiguiente el propio Hugo sabía que ella ya no le quería. Le causó una pueril satisfacción.

Podía ser la letra de Hugo. Apresurada, irregular. Preguntó:

—¿Estás segura que es su letra? Examínala atentamente, Sonia.

—No es preciso. La reconocería al instante entre otras mil. Ahora ya no podemos dudar que está vivo.

—Lo creeré cuando le vea personalmente. No descarto la

posibilidad. Esto encajaría con algunas de las rarezas que han sucedido… Dice que es una especie de prisionero, y que cumple una misión especial. Lo que no entiendo es por qué te ha escrito.

—Quiere hacerme saber que se encuentra bien.

—Esto es evidente, pero lo que trato de comprender es lo siguiente: si es un prisionero, ¿por qué sus secuestradores han elegido este momento para permitirle escribirte y tranquilizarte?

Cogió el sobre, mirando el matasellos.

—Hace tres días, en París, distrito siete. Esto no significa nada. Ya que pudieron echarla en el buzón más lejano a dónde se hallen. Hay algo infalible, Sonia. No es preciso ser de ningún servicio especial para adivinarlo al primer intento.

—Ellos… saben que estoy aquí —murmuró ella—. ¿Cómo han podido saberlo? Solamente algunos de tu Sección conocen nuestro paradero.

—Esta parte del problema la resolverán los del grupo de vigilancia. Bien… Vamos a dar por hecho que Hugo vive. Puedo ya afirmarte que mis jefes así lo creen desde hace tiempo.

—¿Tú, no?

—Prescindo de lo que siento hacia ti, Sonia. Es por mi creencia en que Hugo no puede ser un traidor. Él sabía muchas cosas sobre nuestra organización. Desde que desapareció, resulta que la gente contra la cual luchamos han demostrado poseer una fuente de información confidencial… La clase de información que podría darles Hugo. Mis jefes suponen que probablemente han encontrado un medio de persuadir a Hugo para que les revelase cuánto sabía.

—Hugo no tenía más que una obsesión. Su trabajo que calificaba del siguiente modo y cuya ironía tardé en percibir: «Soy un agente viajante de productos concentrando la máxima cantidad posible de inteligencia. Máquinas especiales, Sonia. No puedo decirte más»… Estoy segura que por su plena dedicación, casi mística, no traicionaría a sus compañeros.

—Escúchame… Nuestro trabajo obliga a no pensar con el corazón. No sirve de nada cerrar los ojos ante cualquier posibilidad. Esta carta, sí es legítima, sugiere que es un prisionero de cierta clase.

—Que traiciona quieres decir.

—Existen métodos muy diversos de persuasión.

—Creo saber por qué no crees realmente que esta carta es legítima. Sería la de un prisionero casi voluntario que vende los secretos que conoce a cambio de seguir viviendo. ¿Es esto lo que creen tus jefes?

—No lo creen, sino que sospechan que de un modo u otro, un grupo de *gangsters* traficantes en secretos, pueden estar obteniendo información de Hugo.

—Tú le conocías. Yo no te conocí a ti hasta aquella noche… en que apareciste de pronto. Pero Hugo me habló de ti algunas veces, demostrando que te tenía en gran consideración. Llegó hasta a admitir que te juzgaba superior a él en inteligencia… No me figuraba yo entonces que con esta palabra designaba el término general con que es conocido el servicio secreto universal: Inteligencia. ¿Crees que él puede ser un traidor?

—Tenemos un principio que a todos se aplica. Lo único que demuestra la falsedad de una teoría es la prueba irrefutable en contra. Personalmente, para poder creer que Hugo nos traiciona, necesito una prueba irrefutable.

—Gracias por tu buen concepto… Porque yo empiezo a tener mis dudas, Gerard. Debe existir un modo de salir de dudas. Tiene que haberlo. Es angustioso vivir así… He de saber si Hugo vive o no, Gerard. ¿No hay un medio de averiguarlo?

—Mis jefes, aunque por motivos distintos, también desean saberlo. Intenta comprenderme ahora, Sonia.

Levantándose, Danvers empezó a pasear a un lado y otro del *living*.

—La gente que mató o secuestró a Hugo está obteniendo información secreta acerca de nuestro grupo: nuestros códigos, cifrados, costumbres, agentes, refugios… Es absolutamente vital que sepamos de quién consiguen la información. ¿De Hugo? Si lo podemos comprobar, entonces no sería necesario sospechar ni temer que hay un soplón en nuestro propio grupo. Pero si podemos demostrar que Hugo está muerto, entonces forzosamente, uno de los que intervienen en esta operación nos está traicionando. ¿He expuesto claramente la situación, Sonia?

—Sí. ¿Tus jefes han hallado algún medio de averiguarlo pronto?

—Me han hecho una sugerencia. Cuando la oí, me pareció odiosa. Pero nuestra profesión ejerce a la larga una extraña

influencia. La colocamos en el primer plano de nuestra existencia privada, por encima de toda otra cosa. Deshumaniza.

—¿Qué te sugirieron, Gerard?

—Que tú averiguases si Hugo vive.

—¿Yo…, cómo…?

—No es tan absurdo como parece a primera vista. Los otros, que llamaremos el enemigo, han intentado por dos veces matarte. El primer ataque contra ti, tenía explicación. Podías reconocer a Renan y a Lascar. El segundo ataque fue indirecto. No querían librarse de ti, sino persuadirte que Hugo estaba vivo, y que si actuabas en favor nuestro, moriría. Hasta aquí dentro de las normas de esta clase de guerrilla, todo es lógico. Pero desde entonces, siguen demostrando interés en tus pasos. ¿Por qué? Cabe una suposición… ¿La adivinas?

—Supones que si Hugo está vivo, ha insistido en que no me pase nada o se negaría a ayudar al enemigo.

—Yo no supongo nada, Sonia. Te expreso lo que piensan mis jefes. Creen que intentarán secuestrarte para que te reúnas con Hugo. Él no podrá regresar a la vida normal, pero sus actuales compañeros pueden secuestrarte para que vivas con él. Estaríais los dos juntos… Y mis jefes sugieren…

—Que si yo fuese secuestrada, podría averiguar muchas cosas.

—Exacto.

—Supongamos que estuviera dispuesta, ¿cómo podría enviarte un mensaje?

—Te sería imposible hacerlo por conducto normal.

Abrió Danvers una cartera. Extrajo dos recuadros de celofán no mayores que sellos de correos.

—Puedes guardarlos en tu bolso. Los colocas debajo de tu compacto y cuando necesites enviar tu mensaje, es fácil. Fíjate en el reborde de cada sobrecito.

—Uno es verde y el otro es rojo.

—Rasgas la esquina del que conviene y sacudes su contenido por una ventana, por cualquier sitio, al aire libre. Se extenderá en un intenso color rojo o verde. El verde significará: «Hugo vive». El rojo… nos hará saber que ha muerto.

—Toda la policía tendría la orden de informar apenas vieran una de estas manchas. Es indeleble y despide un punzante olor a menta.

—Comprendido. Pero ¿por qué hablas con esta expresión de rencor hacia ti mismo, Gerard?

—Por el peligro que puedes afrontar, y que debes saber. Si ellos averiguan que nos has informado no tendrían la menor misericordia contigo. El director de nuestro grupo posee lo que él llama su librito negro. Contiene los nombres de los agentes muertos en misión… No los que han desaparecido, sino aquéllos cuya muerte consta. El número de bajas de la sección especial desde que fue creada en agosto del 64, según me dijo el propio jefe, al yo ingresar hace dos años, se elevaba a ciento noventa. Comprenderás que no puedo aceptar con alegría la idea de verte correr un peligro.

—No sé si lograré cumplir mi misión, Gerard. Y no lo sé porque podría significar traicionar a Hugo. ¿Comprendes?

Hablaba ella calmosamente, pero la firmeza y calidad de su espíritu asomaba en sus palabras:

—Puedo aceptar esta misión porque supone salvar de un riesgo a muchos hombres como tú, y es mi deseo colaborar con vosotros. Pero si Hugo vive, si es él quien ha revelado vuestros secretos, tal vez no sería yo capaz de comunicártelo.

—Tienes aún tiempo para decidirte, Sonia. Debemos regresar a París. Apenas lleguemos allá, me consta que si decides ayudarnos, lo harás.

Sonrió ella.

—En vuestra profesión dicen que lo primordial es desconfiar. Y más todavía de una mujer.

—Tienes una cualidad rara, Sonia. Rectitud, sencillez…

Dilató ella los ojos.

La puerta acababa de abrirse y Arnaud Renan entró.

CAPÍTULO X

Danvers se volvió lentamente, manteniendo sus manos visibles. Porque a un lado de la puerta ya cerrada estaba Lascar, sonriendo, mostrando la mella en sus dientes sucios, voluminosa la mano cuyos nudillos blanqueaban apretando la culata. La pistola apuntaba rectamente a Gerard Danvers.

Renan vestía impecablemente como siempre. Esta vez no llevaba portafolios.

—Buenas tardes, señora Clermont. Hola, Danvers. Es natural la sorpresa. Lo inesperado es lo que produce buenos resultados. Si usted y su jefe Chabrol fueran a veces menos ortodoxos, en lugar de atenerse a métodos rutinarios, progresarían algo más. Bien… Señora Clermont, no está usted obligada a venir conmigo… Es muy libre de decidir si desea ver a su esposo.

Intervino Danvers:

—Ella no sale de aquí, Renan.

—No deseo argüir con usted, Danvers. Ella tiene edad suficiente para decidir lo que más le convenga. Como ya dije, no está obligada a venir, pero su esposo desea verla… y es natural tal deseo. Sepa también que aquí, en Suiza, Danvers y su banda de gorilas no tienen jurisdicción ni influencia de ninguna clase. Él no puede impedirla marcharse y por consiguiente queda enteramente a su albedrío, señora Clermont, venir conmigo y reunirse con su esposo.

Sonia miró primeramente a Danvers. Luego a Lascar. El hombrecillo de largos brazos y enormes manos, sonreía invitante.

Preguntó Danvers:

—¿Debe ella decidirlo en cuánto tiempo?

—Ahora mismo, como es lógico. Espero que usted no estará aquí en contra de su voluntad, señora Clermont. ¿Acaso estos caballeros del SED son tan poco galantes que la retienen?

—¿Dónde está mi marido?

—No puedo decírselo ahora, en presencia de Danvers, pero le garantizo que está ya restablecido, por completo recuperado de su accidente, y muy ansioso por verla de nuevo.

—¿Cómo puedo saber que ésta es la verdad?

Por vez primera demostró Renan impaciencia.

—Señora… He burlado la vigilancia pero no dispongo de demasiado tiempo. Hágame el favor de comprender que no arriesgo mi vida para venir a contarle mentiras. Supuse que al venir en persona, comprendería perfectamente… ¿Acaso no recibió una carta de su esposo?

—Sí.

—Entonces, mi querida señora, no haga preguntas necias. Yo le hago una muy sencilla: ¿quiere o no quiere venir conmigo y reunirse con su marido?

—Voy a regresar a París con Danvers. Iré a mi piso. Si Hugo se reúne allí conmigo, sabré definitivamente que vive. Si personalmente me pide que vaya con él a cualquier otra parte, sabré lo que debo contestarle. Pero hay algo muy cierto, Renan. No iré con usted.

—Lo cierto es que comete usted un gran error, Sonia. Puede que no le sea posible a su esposo visitarla, por obvias razones de seguridad personal.

Miró Renan a Danvers.

—Yo, en su lugar trataría de hacerla cambiar de idea. Mientras, puede darles a Chabrol y a Sorel un mensaje de mi parte. Pierden lastimosamente el tiempo. Conocemos todo lo referente a su organización, agentes, métodos y actividades. Podemos liquidar uno tras otro a sus agentes si nos atacan. Les dejaremos en paz si se limitan a trabajar contra otros grupos y bandas.

Renan hablaba doctoralmente, casi con pedantería pomposa.

—Tanta condescendencia abruma —replicó Danvers—. Son muy gentiles.

—No es gentileza. Es simple cuestión de negocios. El consorcio Bastiano, como pueden ustedes llamarnos, no desea ser importunado por la sección especial de la defensa nacional. Si se concentran en otras organizaciones y nos dejan tranquilos, entonces corresponderemos de igual manera. No queremos guerra ni deseamos aplastarles uno tras otro, pero si se interponen en nuestro

camino…

—Nos tumbarán a un lado, en la cuneta de la fosa.

—Exactamente. Y no es jactancia ni cinismo, Danvers. Celebro mucho que me haya comprendido. ¡Lascar! Advierte al agente Danvers.

La entonación de Lascar era también firme.

—No te muevas, compadre. El primer pepinillo bastaría para dejarte quieto para siempre.

—Usted viene con nosotros, Sonia. No se alarme… No le haremos el menor daño ahora. Confieso que hace unas semanas, sí podía temernos. Pero ahora, no. Solamente deseo conducirla junto a su marido. Y usted, Danvers, transmítale a Chabrol mi mensaje. Ponga énfasis en concretar que deseamos vivir y dejar vivir.

—¡Gerard! —exclamó ella de pronto—. No dejes…

—¡Vamos, ya está bien! —atajó Renan irritado—. No sea obstinada, mujer. Y cuidado, Danvers. No queremos matarle. Tengo compañeros por los contornos, al acecho del chalet y de la cabina del funicular. Siga donde está, sin moverse. Tú, Lascar, lo mantienes encañonado un par de minutos más. ¡Adelante, Sonia!

Acababa de empujarla hacia el pasillo que conducía a la salida lateral. Desaparecieron ambos.

Lascar encañonaba como un profesional. Sin crispación, indolentemente. Comentó:

—Haces bien en no querer suicidarte, muchacho.

Oyó Danvers también la voz de Renan conminando a Sonia:

—Abra la puerta. ¡Vamos!

Gerard Danvers saltó.

Fue como si tuviera resortes en los tacones, y chocó contra Lascar antes que éste pudiera siquiera comprender algo que parecía imposible. No pudo disparar por aquel segundo de irrealidad en que Danvers se distendió por el aire en zambullida horizontal empleando la cabeza como ariete.

Lascar cayó hacia atrás como un tronco derribado por un hachazo, resonando su cráneo contra el suelo.

El golpe de canto en su muñeca le había hecho ya abrir los dedos, y el arma quedó lejos de su mano. Para ponerse en pie, Danvers empleó un extraño procedimiento.

Asir el cuello de Lascar con ambas manos, aplicarle las rodillas

en las ingles y por dos veces alzarle el busto, repicándole la cabeza contra el suelo.

Al segundo empujón soltó el cuello y saltó atrás. Dio un puntapié al arma de Lascar, ya fuera de combate por mucho más de la cuenta, y sacando su revolver de la funda axilar fue hacia la puerta frontal.

La entreabrió lo suficiente para abarcar la galería y la escalera que conducía a la plataforma del funicular.

Había un individuo en los peldaños mientras Renan y Sonia estaban ya en la explanada hacia la plataforma.

Danvers disparó hacia el que cubría la retirada de Renan. Le vio caer cuando su segundo disparo hizo tambalearse a Renan.

Llamó Danvers apremiante:

—¡Sonia!

Al mismo tiempo abría del todo la puerta, encañonando en semicírculo. Sonia remontó los peldaños con ligereza. La atrajo Danvers empujándola al interior.

Aparecían otros hombres.

Cerró Danvers la puerta de un patadón a la vez que empujaba a un lado a Sonia con el cuerpo, manteniéndola contra el grueso tabique de troncos.

Un balazo se incrustó en la puerta.

En el *living* había dos ventanas. El sitio, más seguro era arriba. Oyó otros dos disparos. Los del grupo de Renan parecían acudir por la izquierda.

—Arriba —indicó Danvers señalando la escalera.

Obedeció ella y Danvers también subió, pero retrocediendo y apuntando la puerta. No parecía haber nadie en la galería, pero el tiroteo era audible.

En el primer rellano, señaló Danvers el altillo. Un desván confortable, y mucho más en aquellos momentos.

Porque resonaban pasos en el interior de la planta baja. Ligeros y rápidos, procedentes del corredor de la cocina y de la puerta lateral. Por lo menos dos eran los que acudían cautelosa, pero velozmente.

Señaló Danvers la estrecha escalerilla del desván, susurrando:

—Aguárdame arriba.

La oyó desplazarse. Permanecía adherido al entrante,

encañonando hacia la abertura por donde forzosamente aparecerían al subir el último tramo de la escalera.

Pero las pisadas se habían detenido a media escalera.

Sabía que estaban cerca y presentían algo. Una voz interpeló:

—¿No hay nadie en la casa?

Un acento inconfundible, meridional. El marsellés Marius Laforge. La tensión cesó en Danvers que bajó la diestra.

Laforge añadía con destino a su acompañante:

—Un silencio que me escama. Espero que no los hayan despachado al más allá, porque Danvers, por lo menos, necesitaba un poco de preparación espiritual…

—Ya está bien, Laforge.

Y apareció Danvers en lo alto del rellano. El acompañante de Laforge iba registrando al desvanecido Lascar.

Bajando las escaleras manifestó Danvers:

—Renan se dirigía hacia el funicular.

Llegó Laforge antes a la puerta contra la cual se adosó.

—Se recomienda cautela al asomarse al exterior, Danvers. Fuera hay gresca.

Abriendo salió en diagonal para adosarse a un lado del dintel. Lo mismo hizo Danvers al otro.

Había tres hombres acurrucados cerca de la cabaña donde estaba la vagoneta del funicular. Dos empuñaban rifles.

Renan, cojeando, iba hacia la puerta de la cabaña plataforma.

Súbitamente uno de los tres alzó el rifle, pero no hacia el chalet. Restalló el disparo. Comentó Laforge:

—Dos compañeros nuestros se hallan parapetados a la izquierda.

—¿Y cómo no atinan?

—Tenemos la clásica y condenada orden de descerrajar plomo, sin dar en carne. Que huyan. Ya los seguirán cuando pasen la frontera.

Renan entraba en la cabaña con sus escoltas.

—Tu muerto vamos a tener que enterrarlo bien hondo, Danvers. Las autoridades suizas podrían encontrarlo y Chabrol ordenó causar el menor estropicio posible.

—O sea que por tercera vez se marchará Renan tan campante.

Se irguió Laforge. Tuvo de pronto aspecto de madurez y dureza, desaparecida del rostro la expresión risueña.

—Mis opiniones son las que valen ahora, Danvers. En esta misión suiza Chabrol me ha dado el mando. También son mías las responsabilidades.

—De acuerdo.

Iba bajando ya la vagoneta suspendida de sus cables. Dijo Laforge:

—Tienen un coche esperando en la carretera que arranca del refugio hotelero.

Reconocía Danvers al que salía del parapeto rocoso. El fachendoso Jules Valcour, alias Julot. Ondeó la mano en semiarco. Se alejaba cuesta abajo de un abrupto sendero, acompañado por otro agente.

Entrando en el *living* señaló Laforge hacia Lascar tendido en el suelo.

—Tu prisionero no podíamos devolverlo. Nos lo llevaremos. Con una dosis de dormidera nos dejará en paz durante el vuelo.

El avión fletado en charter especial, se posó en un aeródromo militar. Laforge fue el primero en descender. Luego bajaron Sonia y Danvers. Por último, Valcour llevaba del codo al adormilado Lascar.

Vigiló Laforge la partida de Valcour con el prisionero, en un taxi. Un taxi del SDE. Anticuado en su carrocería, al igual que el otro que aguardaba. Con cristal de separación con la cabina del conductor y tubo acústico.

Los chóferes vestían como cualquier otro taxista.

Quedó Sonia en el amplio asiento posterior entre los dos agentes. El primero en bostezar apenas arrancó el taxi, fue Laforge.

Danvers sentíase cansado.

El coche iba adquiriendo mayor velocidad al aproximarse a los suburbios de París.

Solamente fue al empezar a cabecear soñoliento, cuando Danvers asimiló que no era natural aquel extremado cansancio.

—Laforge…

Respingó Sonia despertándose. Laforge dormía arrellanado en su esquina. Danvers intentó romper un cristal. No tenía fuerza. Su puño apenas rozó la pulida superficie.

El chófer miraba rectamente ante él, sin volverse.

Era una ruta secundaria, entre huertos. El taxi iba al máximo de velocidad. En el zarandeo, Sonia resbaló de lado quedando

reclinada sobre las piernas de Danvers.

Pensó en el tubo acústico. Podría gritar en su interior, y tal vez ser oído por alguien… Ladeó Danvers la cabeza con esfuerzo. Laforge dormía profundamente, y a cada resoplido las guías de su mostacho revoloteaban.

La mano que Danvers tenía en torno al abridor de la portezuela cesó ya en el inútil intento de abrir.

Su cabeza pareció irse hinchando y todo se oscureció repentinamente.

CAPÍTULO XI

La voz era paciente, pero autoritaria:

—Despéjese, amigo. No pueden pasarse el día aquí.

Danvers percibió la mano sacudiéndole por un hombro. Luego, la luz del día hiriéndole los ojos.

Otra voz preguntaba:

—¿Borrachos?

—No huelo a alcohol. Lo curioso es que estén los dos en el asiento de atrás. ¡Vamos, despierte!

La mano volvía a sacudirle, con más energía. Murmuró Danvers:

—¿Dónde estoy?

—Cerca de Asnières.

Pudo Danvers abrir más los ojos. Un gendarme en pie junto a la portezuela abierta de un coche, mirando al interior.

Laforge estaba en la otra esquina, dormitando. Sonia había desaparecido.

Se despejó Danvers por completo. El otro gendarme comentaba:

—Estos dos muchachos están repletos de porquería, de droga…

Danvers habló silabeando con lentitud:

—Debo contactar de inmediato el Quai des Orfèvres. Comisario Guespard. Debo hablarle yo mismo.

—Luego… Ahora aclaremos un punto. Nos informaron que llevaban dos horas estacionados bajo estos árboles, durmiendo.

—Todo se aclarará… ¿Hay un teléfono cerca? Ayúdenme a bajar…

Eran dos motoristas del tráfico suburbano. Le ayudaron. Danvers se reclinó contra el coche. Árboles, y una explanada entre matorrales.

—¿Dónde hay un teléfono? —repitió Danvers.

Señaló el gendarme la antena de su moto.

—Si es con la central nada menos, sintonizamos.

—¡Con el comisario Guespard, pronto! Por favor… Rápido.

En sintonía, tras la contraseña, Guespard manifestó:

—En su jefatura les esperan. Trasládense como sea, y si lo precisan, transmito la orden a los dos motoristas, para que se pongan a su disposición.

—No hará falta, señor. Puedo conducir…, dentro de unos minutos. El aire del campo despeja pronto.

Chabrol y Sorel señalaron los sillones. Danvers y Laforge se instalaron. Comentó Chabrol escuetamente:

—Los dos taxis fueron detenidos y sus conductores reemplazados. El individuo que tenían prisionero, Lascar o como se llame, ha desaparecido también, como era lógico.

—Otra pequeña jugada de Bastiano —dijo Laforge roncamente.

—Desfógate tú también, Gerard —invitó Chabrol.

—¿Hemos visto alguna vez a Bastiano? ¿Cómo sabemos que existe? Por ahora no es más que un nombre. Nadie le ha visto en persona.

—Por ahora es solamente un nombre —admitió Chabrol—. Dos de nuestros compañeros creyeron verle, aludieron a un tal Bastiano, y no pudieron describirle. Figuran en mi librito negro. Quedé convencido que un individuo llamado o haciéndose llamar Bastiano, existía y existe. ¿Qué quieres preguntar, Marius?

—¿Jules Valcour?

—Hallado en un parque, ileso, al igual que nuestros dos conductores. Es penoso… Parece que los de Bastiano hasta desdeñan abusar… Ya que no me lo preguntáis, contestaré. No, no me fío de Valcour.

Chabrol hizo una pausa y agregó lentamente:

—Lo confieso, muchachos. El grupo Bastiano lo ha logrado… No confío en ninguno de nosotros. Y el que se pique, que se rasque. Bastiano nos manipula como le da la gana. Todos nuestros movimientos, los sabe de antemano. Teníamos ocho refugios en París, que se suponían secretos. Cinco ya han sido visitados por los bribones de Bastiano. Hasta se permiten el lujo de dejar una marca. Como la etiqueta de un coñac… Sí, la clásica chulería del matón. He llegado a detestar mi aperitivo favorito: el «pastis». Porque la etiqueta que dejan, dice: «Basti».

Chabrol miró uno por uno a sus oyentes. A Sorel, a Laforge, a

Danvers.

—¿No se carcajean? Mal síntoma… Principio de desmoralización, o de rabieta íntima. Bueno… Todo no es desfavorable. Tenemos la pista de Renan y su hermana. Una casa en el campo, a treinta kilómetros, al norte de París. Cerca de un pueblo llamado Genlis. Tenemos la casa bien vigilada. Hasta sabemos que Renan está en cama con una pierna baleada. No creo que sospeche que conocemos su paradero. Antes, hubiese dicho… Estoy seguro que no sospecha… Ahora, soy más cauto. Me limito a creer que no sospecha porque no ha hecho nada que lo sugiera, y sigue en Genlis.

Miró Chabrol a Danvers.

—Cuando Sonia Clermont aceptó ayudarnos, supongo le explicarías cómo nos podía dar un mensaje.

—Le entregué los dos sobres de polvos…

Intervino Sorel por vez primera:

—Si Clermont vive, Sonia le será leal. Por consiguiente para averiguarlo, sólo hay un medio. Sabemos que ella está en la casa de Genlis. Es posible que también esté allí Hugo.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Lo pregunto con toda subordinación y respeto —dijo Danvers secamente.

El comisario Chabrol asintió:

—Tienes derecho a preguntarlo. Incrústate que la misión en prioridad es saber si Hugo dio las informaciones o si Bastiano posee otra fuente. Les daremos hasta la noche para permitirles el encuentro de Hugo y Sonia. Ella nos dará o no, la señal convenida.

Preguntó Laforge:

—¿Julot interviene en esta operación?

—No. Jules Valcour descansa. Ahora vosotros dos podéis ir a descansar también. Juntos. Recibiréis instrucciones.

Habían dormido toda la mañana. Comieron juntos. Y a última hora de la tarde tenían que separarse para por distinto camino reunirse en un lugar cercano a la casa de Genlis.

Allí seguía Renan. Y también Sonia, según los últimos informes de Chabrol.

Estudiaron el mapa a escala de catastro del sector. Tenían el plano de la casa. Dos agentes se habían instalado con dos «walkietalkie», cerca de la casa llamada Villa Belair.

Estaba planeado como una acción militar. Se iniciaría con una

aproximación de Danvers y Laforge, como avanzadilla.

Laforge repicó sobre el mapa.

—Me lo sé de memoria, pero hay algo que me amosca. Es simplemente una cuestión retórica. Nos vamos a separar por un par de horas y luego no podremos charlar tranquilamente. Lo que me amosca es, ¿y si Renan nos está esperando? No me agrada hacer el indio bravo.

—De todos los que toman parte en la operación de esta noche, solamente conocemos el plan unos cuantos. Los de máxima confianza.

—Eres un optimista. Me caes bien. Tan mal como me cae Julot.

—¿Por qué?

—Perdió de vista demasiadas veces a Renan.

—No me simpatiza Julot Valcour, pero no tengo motivos para pensar que es un canalla traidor. Si los tienes, debes decírselos a Chabrol.

Alzó Laforge los hombros.

—Ya lo hice. Y Julot está de reposo. Curioso, ¿verdad? Bueno, hasta luego…

Ya cerca de la puerta del piso de Danvers, agregó Laforge:

—No veo el motivo por qué no podemos ir juntos a la zona que se trata de cercar. ¿Y tú?

—Me lo explicó Sorel. Si vamos juntos, podrían suprimirnos a la vez. Por separado, uno llegará por lo menos, ¿no?

—Fantástico… Los jefes siempre piensan en todo, caramba.

Danvers, tras un árbol en un prado cercano a Villa Belair, veía siluetearse la casa contra el cielo estrellado. Pasaba media hora de las once. Había dos ventanas iluminadas en la casa.

No podía tardar Laforge. Juntos irían a los matorrales próximos donde dos agentes habían instalado su puesto de vigilancia.

Elaborando una especie de chabola, excavando y recubriendo con césped y ramaje. Aguardaban a Danvers y Laforge exactamente a la medianoche. Una noche apacible, tibia, con suave brisa.

La casa Villa Belair estaba aislada, excepto por una granja distando unos setecientos metros.

Se irguió Danvers. Oía pasos acercándose. Contorneó el ancho tronco del roble. Las pisadas en la hierba eran casi inaudibles. Hasta que Laforge interpeló en voz baja:

—¿Eres tú la sombra moviente, Gerard?

—Venga, adelante, Marius.

Avanzaron ambos para reunirse cerca de la estrecha carretera que ascendía hacia Belair.

—Todo parece normal —murmuró Danvers.

—Sorel está en el pueblo con tu tropa. Van formando el amplio cinturón. Cuando empecemos la vigilancia, el sector estará completamente rodeado, y no habrá forma que Renan escape.

—Vamos a relevar a los centinelas.

Los matorrales coronaban una pequeña loma casi a nivel con Belair. Alcanzaron el lindero de los matorrales. La oscuridad era mayor allí, a causa de la espesa enramada. Sólo oían los habituales susurros de la noche en el campo.

Emitió Danvers el tenue silbido en dos tiempos. No hubo respuesta. Murmuró Laforge:

—Son capaces de haberse dormido estos gandules.

Silbó nuevamente Danvers. Era la señal que esperaban los dos agentes en su hoyo improvisado. Gruñó Laforge:

—No podemos encender la linterna. Verían la luz desde la casa. Pero este silencio por respuesta empieza a jeringarme.

A través del aire llegó un sonido que viajaba con toda claridad: las campanadas procedentes del pueblo. Cada toque de las doce resonaba musical, porque la lejanía le quitaba el repique metálico.

—La hora de las brujas —dijo Laforge—. Esta noche no las tengo todas conmigo…

—¡Mira!

Señalaba Danvers el cuerpo. En un claro, donde las estrellas refulgían sin obstáculo en la hierba. El individuo estaba desparramado boca abajo.

Avanzaron aprisa. Dobló Danvers una rodilla. Volvía la espalda a la casa y podía dirigir el foco de su linterna al rostro del hombre yacente. Boca abierta escasamente, al igual que los vidriosos ojos.

—Hace apenas media hora le radió a Sorel… ¿Está muerto?

—Creo que sí. Gaseado.

Incorporándose miró en torno, hasta ver el montículo artificial. Fueron hacia allá. Había un hoyo en el montículo. Pudo imaginarse Danvers al que había estado ahí dentro, saliendo, y arrastrándose hasta morir.

—Ahí está el escondite —orientó Laforge, inútilmente.

Apartaron las ramas y los hierbajos. Quedó al descubierto el amplio hoyo. Vieron al otro agente, sentado contra el talud, inmóvil.

Apremió Laforge:

—Vámonos… Estarán al acecho, y los próximos vamos a ser nosotros.

Danvers bajó al hoyo, cogiendo por los sobacos al muerto, izándolo. Le ayudó Laforge a sacar al exterior el cuerpo inerte.

Cogiendo el «walkietalkie» dijo Danvers tras conectar:

—Aquí Danvers llamando a Sorel. Danvers llamando a Sorel.

—Un momento…

La pausa fue breve, y la voz de Sorel inquirió:

—¿Todo va bien, Gerard?

—No. Los dos compañeros del puesto de acecho están gaseados. Los han eliminado.

Tardó un poco la respuesta.

—¿Algo… más?

—Siguen dos habitaciones iluminadas en la casa. Voy a ir, yo.

—No creo que tengas ninguna probabilidad. Si ya os han localizado a los dos…

—Voy a la casa. Acudid lo antes que podáis.

Cerró la comunicación, dejando la radio en el suelo y salió fuera del hoyo. Laforge contemplaba la casa. Caminó junto a Danvers.

—¿Oíste? —preguntó Danvers, deteniéndose—. Lo dije bien claro.

—No soy sordo.

—Dije que iba yo.

—Eso es lo malo. Tengo que ir contigo.

—¿Por qué?

—Me asusta horrores quedarme solo en plena nocturnidad rodeado de alevosía y premeditación.

Llegaban a la alambrada que bordeaba el jardín de la casa. Tres cables de alambre trenzado. Fácil de saltar, pero se detuvieron. Extrajo Laforge del bolsillo su llavero.

Lo dejó caer sobre el alambrado. No ocurrió nada. No hubo fogonazo.

—No hay tensión en los cables. Me sobra a mí —dijo Laforge.

—Lo prudente nunca excluyó la valentía.

Saltaron la alambrada. Por el césped avanzaron hacia los primeros parterres frente a la casa.

Nadie apareció. Nadie vigilaba la alambrada. Ningún disparo turbó la silenciosa noche.

Muy lejos se oyeron motores. Sorel y su «tropa».

—La casa parece desierta —murmuró Laforge.

—Sí. Pero hace media hora, los dos compañeros radiaron que nadie había abandonado la casa. Yo mismo la estuve vigilando casi media hora, y no he visto a nadie salir. No encaja.

Aquel silencio era incomprensible. Preguntó Laforge:

—¿Qué hacemos? ¿El estilo Renan? ¿Tocar el timbre?

Había luz en el vestíbulo. Lo podía ver ahora. Y la puerta no estaba cerrada. Una grieta de luz asomaba por un lado del dintel. Empujó Danvers la puerta. Se abrió del todo. Sin ruido.

—Se han largado —dijo Laforge roncamente.

Un espacioso *hall*. Alfombras, cuadros, muebles antiguos. Una atmósfera de buen gusto y riqueza. En el centro una araña imitando candelabro desparramaba su luz mitigada.

—Deberíamos aguardar a Sorel —aconsejó Laforge.

—Espérale. Yo voy a echar un vistazo.

Fueron recorriendo las cuatro habitaciones de la planta baja. Quedaban rastros indicando la reciente ocupación. Ceniceros con colillas. Dos con carmín labial. Varios vasos vacíos, y frascos de coñac, ginebra, soda. Uno de los vasos tenía también huellas de carmín.

La cocina moderna estaba también desierta. Todo eléctrico. Una de las bocas de fuego daba aún calor. Jadeó Laforge:

—¿Dónde diablos se han metido? Me creas o no, no soy cobarde por naturaleza, pero no me agrada este caserón. Tengo la desagradable impresión de que puede explotar de pronto…

—Busca si hay un sótano, mientras visito los dormitorios.

Escaleras arriba se acentuaba la impresión de Danvers. La casa estaba vacía. En el rellano, las puertas estaban abiertas. Señales de partida apresurada. Cajones abiertos.

En un cuarto de baño halló un vendaje con manchas de sangre. La pierna herida de Renan.

Pasó a la última habitación. En el armario habían dos trajes,

zapatos, camisas. Y una pipa.

Una pipa corta, casi roja en su hornacina, negra la boquilla. Marca «Dunhall».

La pipa de Hugo Clermont. Y otras cosas también suyas. La pitillera, la bolsa de tabaco para pipa, el estuche de piel para cerillas. Estaban sobre la mesa, ante la ventana donde pendían las pesadas cortinas de terciopelo.

Regresó Danvers al armario. Le habían enseñado a observar los pequeños detalles. Cogió un par de zapatos. Hugo Clermont caminaba levemente propenso a unir las punteras. No lo suficiente para que se apreciase a simple vista.

Pero sí lo bastante para el desgaste de las suelas bajo el lugar donde se alojaba el dedo gordo del pie.

Y aquellos zapatos, todos, tenían el mismo desgaste. Y eran de la numeración correspondiente a Hugo Clermont.

Siguió buscando. Removiendo. Hasta que tocó una pitillera delgada, de oro calado. Creyó reconocerla. La cogió examinando las iniciales: J.
V. La
pitillera de Jules Valcour, alias Julot.

Y Julot estaba «descansando».

Bajó Danvers las escaleras. Percibía ya el ruido de los motores. La puerta dando acceso al sótano estaba abierta. Había luz.

Se asomó. A mitad de los peldaños, se arrastraba Laforge pretendiendo subir a gatas. Había sangre en su frente. Resbalaba por su mejilla, coagulándose en su espeso mostacho negro.

Agitaba la mano como si quisiera alejar, apartar a Danvers, que iba bajando. La voz de Laforge llegó audible:

—¡Avisa a los otros! ¡Esto… va a saltar!

Sonaban pasos sobre sus cabezas. Inclinándose, Danvers logró alzar a Laforge.

—Apóyate sobre el hombro. Venga.

Consiguió auparlo. En el rellano apareció una silueta barrosa.

—¡Fuera! —gritó Danvers—. ¡La casa va a estallar! Sorel bajaba, anunciando:

—Te hace falta ayuda, Gerard.

Cogía por las piernas a Laforge, y Danvers por los sobacos, llevándolo al corredor, donde lo tendieron. Marius Laforge crispó el

rostro cuando su tobillo izquierdo tocó el suelo. Podía hablar con mayor claridad.

—Este caserón va a explotar, Sorel. No creas que oí un tic tac de despertador allá abajo. Fue algo más sencillo. Sorprendí un fulano encendiendo una mecha. Intenté apagarla, pero resbalé en la escalera. Hemos de salir… Prefiero que me entierren en una sola pieza. No en menudillos.

Ordenó Sorel:

—Vosotros dos llevadle fuera. Vete con ellos, Gerard. Dos… Vosotros, conmigo.

Fuera se alineaban tres coches, con sus faros dirigidos hacia la casa. Laforge fue izado en uno de los coches. Un agente le auscultaba.

—Solamente un esguince en el tobillo. Una brecha en la frente. Nada. Dejadle dormir.

Sorel tiraba algo por una ventana a ras de suelo.

Al volante de uno de los coches, dijo Danvers:

—Dos conmigo. Es solamente una corazonada. En el sótano podía haber un túnel. Vi la bocana… Puede conducir a la granja. Vamos a verlo.

Uno saltaba a su lado, otro al asiento posterior del *jeep*. Cuatro más pasaron al segundo *jeep*. Los motores roncaron.

Embaló Danvers. Percibió que los demás volvían la cabeza hacia la casa. A su espalda, el agente Delorme dijo:

—Ahí va…

Y se iluminaron los contornos con un repentino relámpago deslumbrador.

CAPÍTULO XII

El fogonazo incendió el cielo. Durante un escaso segundo. Luego una oscuridad abismal pareció descender sobre la tierra. Y vino el trueno. Rajando la noche.

Con un estruendo que ensordecía. La explosión.

La onda expansiva empujó los dos *jeeps*. Y luego, un extraño ruido como un susurro propagándose por los campos del valle.

Miró Danvers atrás. La casa, o lo que de ella quedaba, era una masa ardiendo. Las llamas ascendían a gran altura, extendiendo un resplandor rojizo.

Boyer, el que estaba a su lado, dijo entrecortadamente:

—Nada podemos hacer ya. Será mejor seguir adelante. Vámonos.

No, no podían ya hacer nada. Mañana, Chabrol abriría su librito negro, y anotaría más nombres.

Puso Danvers en marcha el *jeep*. Nadie hablaba. No veía al otro *jeep*. ¿Quedó envuelto por la explosión? Lo cierto era que nadie dentro de la casa pudo salvarse. Sorel…

Tenía que olvidar a Sorel. Llegar a la granja. Sabía exactamente dónde se hallaba. Su mente era casi como un mapa en relieve de aquel sector.

Llegaron a una curva acentuada y penetraron por una estrecha carretera. De pronto, exclamó Boyer:

—¡Mira allá!

Faros de coche. Tres pares. Y tras los coches, la silueta de la granja. La granja tenía un camino privado que comunicaba con la carretera que ahora seguían. Había un cruce.

Pisó Danvers a fondo. Alcanzaban el último trecho antes del cruce cuando el primero de los coches fugitivos giró a la derecha, alejándose. El agente a espaldas de Danvers empezó a disparar por su ventanilla.

El acre y mordiente olor a pólvora. El primer coche ya huía hacia Genlis. El segundo llegó al cruce. Oyó Danvers el estallido. Un neumático. Y vio Danvers el coche escorar a un lado, saltar, y dar una voltereta. Oyó los crujidos.

El primer coche ya estaba lejos. No podían alcanzarlo. Pero el tercero no podría pasar velozmente, porque se lo impediría el que había volcado.

Oyó otros sonidos distintos. Los otros le disparaban a él, a su *jeep*. Vibraciones metálicas en los guardabarros. El conductor del tercer coche estaba intentando deslizarlo entre el seto y los restos del segundo vehículo.

El agente de atrás empujó la portezuela y saltó fuera. Emitió un ruido, como si tosiera, y se desplomó.

El tercer coche ya había salvado el obstáculo y se perdía tras el primero.

Frenando en seco, bajó Danvers. Boyer se inclinó sobre el tercer agente. No hizo comentario. Siguió a Danvers, hacia los restos del coche.

Un hombre había salido impulsado fuera y yacía en extraña posición a un lado de la carretera. Dirigió Danvers el foco de su linterna al interior de los metales retorcidos. Otro hombre al que tampoco conocía. Y una mujer.

Aplicó Danvers la linterna sobre una ventanilla. La luz resbaló por la falda y unas piernas femeninas. No podía verle el rostro.

Trató en vano de abrir la portezuela o la ventanilla medio desprendida. Todo estaba empotrado. Y allí estaba la mujer, encogida en un rincón de la chatarra. Y sangre.

Goteaba tras ella. A gotas anchas que resbalaban por un lado de la carrocería. Dijo Boyer:

—Será necesaria una grúa.

—¿Qué?

—Un camión grúa.

—Ah, ya.

Danvers se arrodilló y luego se tendió sobre el pecho, enfocando la linterna a través de la ventanilla posterior. Estaba estallada y podía introducir el brazo y tal vez alcanzar a la mujer acurrucada. Estaba muerta, indudablemente. Su cuerpo era un amasijo.

Tendió el brazo, hasta que el hombro chocó con el marco de la

ventanilla. Sus dedos rozaban la boina ensangrentada. Consiguió ladearla.

Y entonces vio el cabello de la mujer. Rubio, muy rubio.

No era Sonia.

Un intenso alivio le inundó. Permaneció tendido unos instantes. Oyó el ruido de un coche aproximándose, y la voz de Boyer:

—Vienen otros… ¿Te encuentras bien, Gerard?

—Sí muy bien —gruñó Danvers.

Retiró el brazo, se incorporó y fue frotándose el hombro lentamente. La muerta no era Sonia. Y pese a todo lo sucedido, no podía pensar en otra cosa. Ni siquiera le preocupaba el coche aproximándose, frenando. Alguien preguntando:

—¿Qué pasó aquí?

Era Sorel.

—Este cacharro dio el reventón. Peces pequeños —explicaba Boyer— y me temo que los jefes huyeron. Una mujer ahí dentro.

Preguntaba Sorel:

—¿Sonia Clermont?

—No. Es una rubia.

—Algo es algo —decía Sorel.

Podía ahora Danvers verle bien. Cabello chamuscado, ceja izquierda que parecía afeitada con un tizón afilado y dos marcas de quemadura en la mejilla. Le preguntaba a Danvers:

—¿Cuántos coches huyeron?

—Dos. Creo que ya sé lo que nos produjo tanto lío. Encontré la pitillera de Jules Valcour en Belair.

Sorel estaba inclinado sobre el hombre que había salido catapultado del coche. Chasqueaba los dedos. Acudió Danvers.

El foco de la linterna iluminaba el rostro de Jules Valcour. Cerrados los ojos por la muerte.

No dijeron nada al irse apartando del cadáver.

Sorel señaló la masa oscura de la granja.

—Espero que no hayan dinamitado aquello también. Voy a ver. Te quedas aquí.

Danvers siguió caminando al lado de Sorel.

—Al punto en que nos hallamos ya no hay ni aquí ni allá.

—De acuerdo, Gerard. Me alegro que no fuese Sonia la muerta. Posiblemente será Magda Renan.

—Han huido… ¿Cómo podremos encontrarles ahora?

Sorel encogió los hombros.

—Chabrol sabrá. Lo siento, Gerard.

Con el amanecer, varios puntos quedaron aclarados.

La mujer muerta, era Magda Renan. Arnaud Renan y los demás habían sido advertidos apenas se formó el cerco. Para escapar les bastó hacer uso del túnel que unía Belair con la granja.

El granjero y su esposa habían desaparecido.

De regreso a París, conducía Sorel en silencio. A su lado, Danvers barajaba mentalmente diversas interrogantes que le inquietaban. La primera y principal radicaba en la dificultad que supondría volver a hallar el paradero de Sonia.

Cuando divisaban la mole del Pantheon, dijo Sorel:

—Te dejaré en tu casa. Duerme. Te llamaremos apenas haya novedades.

No supo que había dormido apenas cuatro horas cuando oyó un ruido. Al principio era un rumor lejano hasta que gradualmente al emerger su mente de la modorra, el sonido se hizo también comprensible. El teléfono.

Alargó la mano y aplicándose el auricular dijo pastosamente:

—Gerard Danvers a la escucha.

—Hola, Gerard.

Era Sonia Clermont. Tuvo él que hacer un gran esfuerzo para mantener su voz normal, imitándola a ella en su aparente banalidad.

—Hola, Sonia. Celebro oírte.

—Ya te dije que trataría de entrar en comunicación contigo.

—¿Te has reunido ya con Hugo?

La pregunta era estúpida, pero le daba algo de tiempo para pensar. Seguía bajo control de Renan, y la habían permitido telefonearle. Ella había hablado apenas él alzó el aparato. Por consiguiente se hallaba en la zona de comunicación automática. La capital y todo su perímetro de extensos arrabales.

—Sí. Está aquí conmigo, en la misma casa. Tenían… razón tus jefes al suponer que él aceptó informar… He decidido permanecer con él.

Le pareció que en la voz de ella alentaba cierta monotonía, como si recitase una lección dictada.

—Hugo lo ha pensado mucho y ha decidido que esto es lo mejor.

—Comprendo. ¿Dónde estás?

Era su primer intento de formular una preguntatrampa. Cándida y sin esperanzas, pero seguía desconcertado.

—No lo sé y aunque lo supiera no podría decírtelo. Renan está a mi lado. Tengo un mensaje para ti.

—¿De parte de Renan?

—Sí. Desearía mucho poder hacerte comprender exactamente que no hay exageración alguna en lo que Renan quiere hacerte saber. Fue solamente en los últimos minutos cuando descubrió que vosotros sitiabais Belair. No le gusta tener que desplazarse urgentemente. Él… y por favor, Gerard, créeme… dice que liquidará a Chabrol, a Sorel y a todo vuestro grupo si continuáis obstinados en buscar a Bastiano…

Hubo una pausa muy breve. Ahora era la voz de Renán:

—Ya es hora de que comprenda que se acabaron las contemplaciones, Danvers. Retírense de este asunto, apártense de nuestro camino, o acabaré con todos los de su grupo.

—¿Usted? ¿O Bastiano?

—Mi jefe aprueba cuánto digo y hago.

—Supongo que, pese a todo, usted es un ser humano, Renan. Comprendo que debe haberle sacado de quicio la muerte de Magda, pero fue por culpa suya. No debió mezclarla en esta guerrilla. Han muerto varios compañeros míos. Sigue el peor de los caminos, Renan.

—No acepto sermones de nadie. O bien se retira de este caso, Danvers, o le suprimiremos. Es un mensaje personal que hago extensivo a Chabrol a Sorel y al resto de su sección.

La comunicación cesó unos instantes, porque alguien murmuraba junto a Renan. Y éste reanudó su mensaje:

—Acabo de saber que persisten en buscar nuestra pista. No caben ya más dilaciones, Danvers. Desde este mismo instante, aplicaremos lo que debimos hacer mucho antes. Vamos a liquidar a toda su sección.

Colgaron bruscamente.

Danvers permaneció unos instantes pensativo. Había amenazas pueriles pero el grupo Bastiano tenía motivos para amenazar con fundamento. Disponía de una información infalible, proporcionada

por un elemento perteneciente a la sección.

Tras la ducha y desayuno, mientras se vestía, Danvers había tomado su decisión. Consultaría solamente por rutina. Pero actuaría por su propia cuenta. Ya no le interesaba tanto Bastiano, como meta, sino rescatar a Sonia. No podía creer, no quería creer que ella voluntariamente accedía a quedarse con un hombre que, con sus informes, originaba la muerte de sus propios compañeros.

Pese a haber hallado prendas pertenecientes a Hugo, no creía que estuviese vivo. Era sencilla la deducción: ¿por qué no se puso el propio Hugo al aparato?

Y por encima de todo, si vivía, no pudo informar «en los últimos minutos» que estaban sitiados en Belair. Este detalle solamente lo podía conocer Chabrol, Sorel, Valcour… Y Valcour ya había pagado con la vida su traición, en un accidente involuntario.

Pero muerto Valcour, ¿cómo podían ahora saber que de nuevo había agentes buscándoles la pista?

Telefoneó al número especial de la calle de La Harpe. Le contestó un desconocido. No había nadie en el despacho central. Aquel agente estaba conectado únicamente para tomar nota de los mensajes.

Preguntó Danvers:

—¿No hay nadie en jefatura?

—No, pero no pueden tardar… Puedo tomar nota de su mensaje.

—Déjelo. Volveré a llamar.

Era extraño que estuvieran ausentes a la vez Chabrol y Sorel.

Telefoneó a una residencia de Neully que era el nuevo punto de reunión del grupo. Se ocupaba de la centralilla, la viuda de uno de los agentes de Chabrol.

Su respuesta fue alarmante.

—No puedo comunicarle con nadie, Danvers. Todos se han marchado. Por lo general, siempre se quedan dos de vigilancia, pero esta vez se han ido todos.

—¿Sabe dónde fueron?

—No. Recibieron una orden de Sorel y se fueron inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Apenas media hora.

Mientras encajaba el aparato se acentuaba en él la impresión de

que no era lógico todo aquello, Chabrol y Sorel no habrían abandonado a la vez el despacho central, ni convocado a todos los de la sección, sin llamarle también a él.

Marcó los números de Marius Laforge. Una voz femenina le comunicó que Laforge se había ido, llamado urgentemente. Sí… Hacía apenas media hora.

Aquello era tan inesperado como el silencio del despacho central. Era como si todos se hubieran evaporado.

Bajó a la calle. Ya no dejaba su coche en la rotonda. Para evitar sabotajes mecánicos, lo guardaba en un garaje particular, cercano.

Condujo directamente al Quai des Orfèvres. Y poco después entraba en el despacho del comisario Guespard, el enlace con su sección. Un hombre rechoncho de claros ojos y reconocida impasibilidad.

Escuchó cuanto le explicaba Danvers y manifestó:

—Los mensajes los recibe, como ya sabe usted, un agente instalado en la centralilla particular conectada con el teléfono especial de Chabrol. Por automatismo cuando no contestan desde allá. Pero lo extraño es que ni Sorel ni Chabrol dejasen dicho nada acerca de esta reunión general.

—¿Podemos entrar en el despacho, señor?

—En caso de emergencia, sí. Y me parece que éste es el caso. Vamos allá.

Por el camino inquirió Danvers:

—¿Puedo saber cómo entraremos, señor?

—Al lado del edificio hay un pasadizo que conduce a los jardines públicos de Cluny. En el pasadizo está la que podríamos llamar la segunda entrada secreta, sólo utilizable en casos de emergencia.

La distancia era corta. La recorrieron a pie, y al entrar en la estrecha y pintoresca calle de La Harpe, miró Danvers hacia la puerta que habitualmente empleaba para subir al Central.

La vio abrirse y apareció Laforge, cojeando, con cara de malhumor y preocupación. Al verles a ambos, avanzó renqueando, pero aclarada la expresión ceñuda hasta entonces.

—Cuánto celebro tu providencial llegada, muchacho. Me citaron. Vengo y llevo un rato intentando en vano que me abran. No me gusta nada todo esto… Me disponía a ir en tu busca.

—Hazme un favor, Marius. Regresa a la escalera. Y dentro de unos minutos vuelve a intentar que te abran.

—De acuerdo —y dando media vuelta, se alejó Laforge.

El comisario Guespard precedió a Danvers por el pasadizo hasta llegar a un zaguán lateral del edificio. Estaba tapiado en su fondo. Había una caja metálica a media pared.

La abrió Guespard. El interior de la caja era una vulgar tabla de fusibles. Fue contando Guespard los fusibles. Retiró el sexto, desenroscándolo. Sacó del bolsillo lo que parecía otro fusible, pero mayor en su remate exterior, y con un conmutador.

Lo enroscó, y pulsó el conmutador de la tapa. En el muro se deslizó un panel, dejando paso suficiente para una sola persona. Era la entrada posterior al despacho de Chabrol.

Apenas hubieron pasado ambos, el comisario Guespard pulsó otro conmutador interior, y el panel deslizante volvió a cerrarse. Subieron una escalera, y la segunda puerta daba acceso directamente al despacho.

Entraron. Vieron a Félix Chabrol inmóvil, de bruces sobre la mesa. Por lo demás, el despacho no tema muestras de registro ni anormalidad alguna.

Palpó Danvers el pulso de Chabrol. No detectó latido alguno. Las manos de Chabrol estaban crispadas: tenía exactamente el mismo aspecto que Magda Renan cuando estuvo bajo los efectos de la extraña catalepsia producida por el arañazo de la droga desconocida.

Guespard estaba al teléfono, pidiendo al «Hogar» el rápido envío de un médico y una ambulancia.

Vio Danvers algo blanco sobresaliendo entre los apretados dedos de la diestra de Chabrol. Fue forzando los dedos aún tibios, demostrando era reciente la pérdida de sentidos.

Y de la palma del comisario Chabrol se desprendió la pequeña cartulina. Una de las fichas en que inscribía Chabrol anotaciones.

Guespard seguía al teléfono. Desde que había visto el extremo de ficha sobresaliendo, Danvers actuó volviendo la espalda a Guespard de modo a no ser visto en sus manipulaciones.

Alisó la ficha y leyó: «Basti Cementerio Pantin Villa Monrepos».

CAPÍTULO XIII

Repentinamente repicó un zumbador y una luz verde se encendió en la repisa del hogar. Recordó Danvers que Laforge estaba fuera. Ya tenía la ficha en el bolsillo. Controló su íntima euforia y fue a mirar para asegurarse que era Laforge. Presionó el botón.

Entró Laforge renqueando. Cada vez que apoyaba el pie izquierdo en el suelo, hacía una mueca dolorida. Pensó Danvers que ya no podía ser útil más que sentado. Aproximándose a la mesa, gruñó el marsellés:

—O sea que hasta este punto hemos llegado… Alguien entró y dejó al jefe fuera de combate. ¿Dónde está Sorel?

—Digamos que ha desaparecido.

—Entonces… ausentes Chabrol y Sorel, tú tomas el mando, ¿no?

—Accidentalmente. Te vas a quedar aquí, Marius.

—¿Para qué?

—Tomar mensajes, avisar a quien pertenezca, notificarme a mí cualquier novedad. Estaré en el despacho del comisario —y miró Danvers a Guespard—, si no se prolonga demasiado la carencia de noticias. ¿Sugiere usted algo más, señor?

—Colocaré ante los dos accesos varios agentes del SCE. (Nota: servicio contraespionaje atendido por la policía especial).

En la calle comentó Guespard:

—La última vez que hablé con Chabrol me dijo que en cualquier emergencia era Laforge el que tomaba el mando, y en caso de inutilidad física de Laforge, era usted el que se encargaba de dirigir la sección.

—Laforge está imposibilitado. Le cuesta trabajo caminar. Y ha llegado el momento en que usted ha de ayudarnos, señor. Bastiano conoce a todos mis compañeros.

—Por consiguiente usted desea que forme un retén de agentes

del SCE. Cuya misión será sitiar la zona donde se halle el grupo de Bastiano.

—Exactamente, señor. Apenas sepa dónde se halla dicho grupo, y creo no tardaré en saberlo, se lo comunicaré telefónicamente. Pero como ya emplearon un túnel para escapar, esta vez el cordón de cerco será lo suficientemente amplio para cubrir esta posibilidad. Un cordón que bloqueará por completo el sector.

En el Quai des Orfèvres pasó Danvers al despacho contiguo al del comisario Guespard que estaba ya procediendo a la selección de los veinte agentes especiales que formarían el retén de choque.

No tardó mucho en repicar el teléfono interior. La centralilla conectaba y oyó Danvers la voz de Laforge:

—Acaba de llamarme Renan… Un ultimátum desesperante. Afirma tener en su poder a Sorel y a todos nuestros demás compañeros. Dice que los asará vivos enviándolos a mejor mundo con una carga explosiva, a menos que cesemos en nuestra actividad contra su grupo.

—Exigirá alguna prueba de nuestra buena fe, supongo.

—Quiere la lista completa de todos nuestros agentes en Francia y en el extranjero. En resumen, exige acceso a este despacho. Y si no aceptamos…

No era preciso que lo completase. Lo hizo Danvers.

—En resumen, la completa inutilización de nuestra sección. ¿Nos dio por lo menos un plazo de tiempo?

—Hasta las cinco de esta misma tarde. La idea de que pueden reducir a pedazos todos nuestros compañeros… me saca de quicio.

—No lo permitiremos. Consultaré a la superioridad. Si Renan vuelve a llamar, dile que estoy consultando… Por desgracia, ya no podemos negarnos a la evidencia. No vamos a consentir que extermine a toda nuestra sección. Es así de sencillo, Laforge.

—Bien… Tú mandas. Ya me participarás lo que han decidido los grandes jefes. Hasta luego, Gerard.

Gerard Danvers consultó la hora. Hizo un breve cálculo. Pasó al despacho de Guespard.

—Necesito exactamente una hora, señor. Nadie debe seguirme, nadie debe darme escolta de lejos. Actúo como lo haría el propio Chabrol. Es necesario acabar con Renán y Bastiano, como sea. Pero antes que su grupo cierre el cordón y pase al asalto final, voy a

visitar la última guarida de Renan. A solas. Intentaré parlamentar, en apariencia. Lo único que deseo es saber, de un modo u otro, quién es Bastiano. Para esto necesito una hora, y si fallo, usted se ocupará de ello con Laforge.

—Olvida usted indicarme lo más esencial, Danvers…

—Tiene que excusarme, señor, pero llegué a desconfiar de usted.

Con su característica impavidez afirmó Guespard:

—Es lógico. Últimamente, Chabrol desconfiaba de Sorel, de usted, y así iba la cosa… Gajes del oficio. ¿Por qué, ahora, confía en mí?

—Pura corazonada. La dirección que voy a darle, señor, no debe usted comunicarla a nadie. Y dentro de una hora, si no recibe noticias mías, ponga en funcionamiento el grupo de asalto. Nos dieron de plazo hasta las cinco. Por consiguiente, sobra tiempo.

Miró Guespard la dirección. Comentó:

—Podría iniciarse el asedio a distancia suficiente, para que no lo sospechen ellos, y evitemos a la vez que puedan escapar.

—De acuerdo. De todos modos, ellos ignoran que hallé esta dirección en la crispada diestra de Chabrol. Se consideran seguros. Ésta es mi ventaja.

—Lo es… Pero se habrá dado también cuenta que le será difícil… salir de allí, luego…

—Con tal de acabar con ellos, señor, seré inmensamente feliz.

En el extenso rectángulo que al nordeste de París formaba el suburbio del cementerio de Pantin, los cuadriláteros de zonas verdes enmarcaban un sector de mansiones residenciales.

«Monrepos» se hallaba rodeada por una tapia de unos dos metros coronada por alambre espinoso. Y posiblemente electrificado.

La gran puerta de acceso era compacta. Pero estaba abierta de par en par. La alameda se flanqueaba con toda clase de parterres floridos. Resultaba difícil hallar un lugar más apacible tan cerca de la agitación urbana.

Los dos batientes se habían abierto a la llamada de Danvers. Y se cerraron también automáticamente tras cederle paso. Detuvo el coche ante la fachada de la torre de dos plantas. Todas las ventanas poseían cortinajes impidiendo ver al interior.

Apeándose, subió Danvers los peldaños hasta el porche. El

picaporte era de bronce, como el timbre. Presionó.

En la espera, tenía una certeza. Ningún agente del SCE le había seguido y, en todo caso, si alguien le siguió fue un componente del grupo Bastiano. Que ya habría avisado que Danvers venía a solas. Particularmente.

La puerta se abrió muy lentamente. Veía la manaza sosteniendo el filo de la puerta. Unos dedos de nudillos aparatosos. Conocía la mano.

Y poco después, Lascar le contemplaba sonriente, mostrando la mella.

—No pudiste resistir la tentación de visitarnos, ¿verdad?

—Acertaste.

Entró Danvers. Y apenas cruzó el dintel, dos individuos se apartaron de la pared lateral. Eran rápidos. Sus manos sabían cachear, deslizándose, palpando, buscando un arma. Extrajeron un cuchillo de muelles.

La única arma que Danvers llevaba encima. Y los que le registraban no concedieron la menor importancia a algo tan común y vulgar como un paquete de cigarrillos «Gauloise».

Pero de los once cigarrillos que quedaban en el paquete, tres tenían la boquilla de filtro muy dura. Porque contenían una de las armas más antiguas usadas por el hombre. Por lo menos, en su fundamente básico de manejo. Una cerbatana.

Salvo que el tubo soplador, reducido al mínimo, remataba en resorte potente. Mordido a través de la boquilla corriente por fuera, disparaba la fina aguja hipodérmica conteniendo curare. Un sistema primitivo y fulminante de dar muerte al enemigo.

Decía Lascar:

—Nos agradó mucho tu llamada telefónica, anunciándonos tu visita particular, como parlamentario. Sígueme.

Obedeció Danvers. Los otros dos cerraban la marcha.

Al fondo llamó Lascar en una puerta. Se abrió automáticamente. Anunció Lascar:

—No lleva armas.

—Adelante —invitó Renan.

Estaba sentado en un sillón con una pierna extendida sobre un escabel. Otro individuo, alto, de facciones inteligentes y helénicas, sentábase al otro lado del hogar. Sus grises ojos eran muy

penetrantes.

¿Bastiano?

Preguntó Renan:

—¿Cómo consiguió esta dirección, Danvers?

—La sabía hace varios días. Pero la conservaba para mi uso particular.

—Bien. Antes de decirnos a qué ha venido, no se figure que nada podrá hacernos cambiar de idea. Sorel y los demás están en el sótano. En torno hay una tubería. Basta abrir un grifo. Suelta petróleo, pero inflamado. No quedaría ni uno. Sólo cenizas. Si hubiese tenido sentido común, habría venido a hacer tratos mucho antes, en vez de obligarnos a forzar este resultado.

—No puede reprochármelo. No era yo el jefe. Ahora, sí. De haber sido el jefe, yo habría llegado a un arreglo.

Y alzando los hombros, sacó su paquete de cigarrillos.

Lascar le saltó encima, cogiéndole el codo. Danvers eligió un cigarrillo al tacto, mirando con irónica mueca a Lascar, que retrocedió. Dijo Danvers:

—Me quitaron el encendedor.

Lascar le tiró una caja de fósforos, que cogió al vuelo. Tras encender, miró a Renan que expuso:

—Ya es tarde para arreglos. Usted hará simplemente lo que se le mande. ¿Trajo los ficheros?

—No. Porque lógicamente a cambio he de obtener la libertad de mis compañeros.

Miró Renan al otro hombre sentado.

—¿Qué opinas, Regis?

—Que nos diga por qué está aquí. No hay perjuicio en oírle.

—De acuerdo… ¿Qué se imagina que sacará con su visita, Danvers? Sabemos que no le han seguido, pero ¿cómo podemos saber si no dio esta dirección a otra persona?

—No pueden saberlo, ¿verdad? Siempre no va usted a tener todos los hilos en la mano, Renan. Puedo entregarle toda la información que ha solicitado. Será fácil. Pero depende de lo que hará con ella. Yo la entregaré con una sola condición. Puede ser vendida a cualquier otra capital menos a una.

—¿Cuál?

—Moscú.

Renan miró divertido a Regis. Y ambos sonrieron burlonamente. Afirmó Renan:

—Esto confirma lo que siempre dije acerca de su sección, Danvers. Son anticuados, absurdamente ingenuos. Ya pasó de moda esta idea del peligro rojo, la malvada Rusia, como compradora. No somos agentes de Moscú. Trabajamos para nuestro propio beneficio.

—Sabíamos que obtenía información, pero ignoramos dónde iba a parar. La obtuvieron a través de Hugo Clermont, ¿no?

—Le persuadimos, fácilmente para que nos entregase el proyecto Mesnil, pero en el último momento se arrepintió, puesto que pretendía huir con dicho proyecto. Es lamentable comunicar que al recuperar el proyecto Mesnil, un exceso de fuerza bruta terminó con la existencia de Hugo Clermont. Su única traición fue doble. Lo pagó con la vida.

—Entonces, ¿fue Valcour el que les informaba últimamente?

—Oh, no… A Julot le atraía mucho Magda… Empezábamos a persuadirle, cuando sobrevino el accidente mortal para ambos.

Intervino Regis:

—¿Cómo obtuvo esta dirección? Por favor, la verdad.

—La tenía Chabrol.

—Esto es otra mentira.

—No…

Se llevó Danvers la mano al bolsillo. Y aunque sabían que no llevaba armas, Lascar y los otros dos se aproximaron más. Extrajo Danvers la cartulina arrugada.

—Chabrol estaba sin sentido. Tenía esto en su mano. A juzgar por la escritura de la anotación, acababa de recibir esta información por teléfono, la escribió… y entró en colapso cataléptico. ¿Cómo lograron llegar hasta Chabrol?

Sin contestar, cogió Renan la cartulina que le tendía Lascar. Junto con Regis leyeron la anotación. Parecían de pronto nerviosos.

—¿Cómo pudo Chabrol obtenerla? —murmuró Renan como si pensase en voz alta—. No puedo comprenderlo…

El teléfono repicó en la mesita al lado de Renan. Cogió el aparato. Percibía Danvers por vez primera temor en los ojos de Renan.

—Sí, Arnaud Renan al aparato… Ah… —Y en su entonación había un inmenso alivio—. Escucha, Basti… Chabrol descubrió esta

dirección antes del colapso, muy poco antes… Danvers está aquí… ¿Cómo?… ¿No sabías que iba a venir?… Ah… ¿Estás seguro que nadie más que el propio Danvers lo sabe?… ¿Te lo habrían comunicado?… Eso es. Sí será mejor.

Aplastó el receptor en su encaje. Se leía en su expresión que hasta entonces estaba seguro de que Bastiano lo sabía todo. Y le alarmaba la idea de que no supiera que Danvers conocía la dirección…

Superfinamente expuso:

—Va a venir Bastiano. Y por nuestra propia seguridad será mejor hacer los preparativos y estar listos por si tenemos que irnos. A menos…, a menos que podamos hacer hablar a Danvers, ¿no, Regis?

Regis señaló con el índice el suelo:

—Que vea a Sonia Clermont… Ella nos ayudará a hacerle decir lo que nos interesa.

Apoyándose en un bastón, logró Renan levantarse. Dijo:

—Me estropeó usted la pierna, Danvers. Me complacería mucho oírle aullar de sufrimiento, pero no soy vengativo. Si se comporta sensatamente, nadie sufrirá. Ni siquiera Sonia.

Comentó Regis:

—Y decías que Sonia era peligrosa…

—Sí. Recuerda lo último que anunció Hugo antes de morir: «Mi viuda es peligrosa»… Esto nos hizo suponer que ella sabía algo de nosotros. Y ahora comprendo… Lo único que quería era despistarnos…

Renqueaba Renan escaleras abajo, y al llegar al vestíbulo giró para entrar por una puerta bajo la arcada de la escalera. Seguía Regis. Los dos hombres que habían recibido a Danvers le encuadraban. Y cerraba la marcha Lascar.

Al entrar en la amplia estancia, se detuvo Danvers a los dos pasos. Sonia Clermont estaba encadenada a una argolla empotrada en la pared, al fondo. En pie, erguida y casi arrogante. La cadena iba desde la argolla a un cinturón de cuero en torno a su talle. Tenía espacio suficiente para moverse.

Como una preciosa fiera podía desplazarse. Hasta una cama, un sillón y un lavabo. Una de las paredes tenía un amplio espejo.

Anunció Renan:

—Un amigo ha venido a verte, Sonia. Acércame este sillón, Lascar… Muy bien…

Sentándose, tendida la pierna herida, añadió Renan:

—Es indudable que se hicieron muy amigos los dos, en aquel precioso chalet suizo. Tengo la seguridad de que usted está casi enamorado de ella, Danvers. Bien… No queremos hacerle daño a ella. Usted elegirá… Conteste sinceramente a nuestras preguntas y no pasará nada. Piense en lo frágiles que son los huesos femeninos.

Sintió Danvers un repentino escalofrío. Preguntó Renan:

—¿No le gusta la idea? Peor sería una quemadura en las mejillas, por ejemplo… ¿Quieres hablarle, Sonia? Hazlo.

—Cuando te telefoneé, él estaba a mi lado y Lascar al otro. Me obligaron a decirte lo que no era verdad. Hugo había muerto aquella misma noche…

—No siempre miento —intervino Renan señalando la pared del espejo con su bastón—. Puede mirar. Hágalo.

Danvers lo hizo. Pudo ver un sótano. Muy concurrido. Hombres sentados, alguno en pie. Con aspecto de resignación. Sorel paseaba por entre sus compañeros.

—Bien… Díganos ahora cómo consiguió esta dirección.

—La tenía Chabrol. Ignoro quién le telefoneó. No la he comunicado a nadie más.

—No lo creo. Lascar… No tenemos mucho tiempo. Será mejor que empieces por el dedo meñique. Prepárese, Danvers. Quiero la verdad. Y si vuelve a mentir, Sonia chillará.

—¡Le digo la verdad!

—Por favor… Yo y Bastiano les superamos en inteligencia. Hemos llegado a controlar su propia sección. Lo logró Bastiano.

Danvers miraba a Sonia y a Lascar que empuñaba la muñeca izquierda femenina, asiéndole el meñique.

—Nosotros hemos coleccionado para venderla al propio Gobierno francés. Sí. La devolvemos por un buen precio. No somos traidores, sino negociantes. Cuando sepamos seguro que no existe peligro de que vengan a capturarnos, empezaremos a negociar. ¿Ha hecho usted arreglos para que sea cercada esta casa, sí o no? ¿Quién más conoce esta dirección?

Danvers escuchaba, y trató de no mirar hacia Sonia.

Sacó su paquete de cigarrillos. No podía todavía emplearlo.

Tenía que esperar a Bastiano. Tenía que asegurarse que podía acabar con los «cerebros» de la banda. Renan, Regis y Bastiano.

A Lascar, aunque fuera el que más odio le inspiraba, lo dejaría para el último. Sería maravilloso acabar con él. Pero primero los «cerebros». Luego los verdugos ejecutores como Lascar. Los brutos sin cerebro.

—Por última vez, Danvers, voy a preguntar…

Se abrió la puerta. Saludó Renan:

—Hola, Basti… Ya era hora que vinieses.

El marsellés Marius Laforge avanzó. Cojeaba menos No sonreía.

—Hola, Danvers. ¿Por qué no me dijiste que venías aquí?

—Vine a tratar personalmente, no en nombre de la sección.

—Parece no sorprenderte que yo sea el tan anhelado Bastiano.

—Yo solamente deseo rescatar a Sonia, irme con ella… El resto me tiene sin cuidado…

Con brusquedad, atajó Laforge:

—Habla, y pronto. ¿Conoce Guespard esta dirección? Apremió Renan:

—Mejor será que nos vayamos…

—No tenemos por qué hacerlo hasta no percibir si hay peligro real. Hay una fortuna invertida en esta casa. Habla, Danvers. Si no lo haces, verás retorcerse a Sonia, la oirás gritar suplicante… ¿Está Guespard en camino hacia aquí?

—¡Lascar! ¡Empieza ya! —ordenó Renan nervioso.

—¡Habla, Danvers! —conminó Laforge.

Hubo una pausa. Todos miraron hacia Sonia.

Y entonces Lascar soltó la mano femenina.

Fue algo tan inesperado que todos parecieron petrificarse.

Lascar dejó caer la mano femenina, y en su diestra estaba la automática. Habló gravemente:

—Vosotros incendiaríais igualmente a los del sótano, dijera lo que dijese Danvers. La respuesta que él y yo os damos, es narices… Buen trabajo al venir aquí, Danvers… ¿Cuándo empezarán a invadir esta guarida? Después que yo le telefoneé a Chabrol esta mañana, dándole esta dirección, supuse que alguien vendría… Has venido. Y quede claro que me llamo Lionel Bruyant. Solamente soy Lascar para mis enemigos.

Lionel Bruyant era un agente de la Sección. Muy secreto.

Únicamente lo sabía Chabrol.

Renan dijo roncamente:

—O sea que eras tú… Supe que había un fallo cuando tu aviso, Laforge, sobre la incursión sobre Belair no nos llegó.

—Yo tomé el aviso por teléfono. No lo transmití —anunció LascarBruyant.

Laforge se abalanzó.

Lascar disparó y Laforge, tambaleándose, se detuvo en seco. Pero Renan y Regis tenían las diestras en sus bolsillos. Danvers saltó y su puño alcanzó en directo el entrecejo de Renan, que se desplomó hacia atrás volcando el sillón.

A la vez, revolviéndose, apartó Danvers la diestra de Regis. El disparo atronó incrustándose en un tabique. Otros dos disparos habían restallado, mientras las manos de Danvers apretaban el cuello de Regis, sacudiendo.

Al segundo cabezazo de Danvers, el cuerpo de Regis se desmadejó por completo.

Volviéndose, vio Danvers a los dos desconocidos yaciendo en el suelo, inertes. Rotas las frentes por los certeros disparos de Lascar. Que, ahora, aplicaba un culatazo en la cabeza de Renan, que se removía. Y anunciaba:

—Por lo menos, aquí dentro ha quedado dominada la situación, Danvers. No, no te preocupen los demás. Me asomaré por si alguno se arrimase. Le tranquilizaré… Son disparos del grupo Bastiano contra el intruso de la policía especial.

Y ostentó su peculiar mueca al dirigirse hacia la puerta, que abrió. Permaneciendo en el dintel. Sin volverse, inquirió:

—Supongo que viniste sólo para dar tiempo a que vengan otros. No me digas que fuiste solamente un héroe acudiendo al degolladero para tratar de salvar a tu pelirroja…

—No tardarán en acudir los del SCE dirigidos por Guespard. ¿Tú sabías que Laforge era Bastiano…?

—No. Mi misión era averiguar cuál era el sitio de reunión con Bastiano, y quién era Bastiano. Pero al entrar Laforge me llevé la gran sorpresa… Esta mañana pude comunicarle por fin a Chabrol que ésta era la casa donde el misterioso Bastiano mantenía entrevistas con Renan y Regis. Nada más sabía yo.

Danvers ya no escuchaba. Contemplaba como fascinado a Sonia.

Algo resbaló por el suelo. Una llave. Lanzada por LascarBruyant.

—La del cinturón de tu amada. Cuando tuve que fingir que iba a estrangularla, pasé un mal rato, pensando en lo que tardaban los que debían ponernos en fuga a Renan y a mí. Lo primero que Chabrol supo sobre el grupo Bastiano fue que había un tal Regis trabajando para el grupo. Logré filtrarme ganándome la confianza de Regis. Luego ascendí, pasando a ser la mano derecha de Renan. Yo informaba a Chabrol cuando podía. Pero mi misión consistía principalmente en que esta banda confiase en mí. No fue hasta anoche cuando supe que esta casa era, como si dijéramos, el cuartel general. Las pasé apuradas para poderlo comunicar a Chabrol por teléfono. Tuvimos suerte… Porque si Laforge llega a liquidar a Chabrol minutos antes…

Atajó Danvers:

—Cuando irrumpan los de Guespard, ¿no correrán peligro nuestros compañeros?

—No. Solamente yo debía abrir el chorro de fuego líquido, en caso de inminente peligro. ¿Conque era Laforge el maldito soplón? Hubiera sospechado de todos menos de él. De todos modos, cometió un error, al creerse que Chabrol y Sorel se lo decían todo. Solamente ellos dos sabían que yo había logrado filtrarme en el grupo Bastiano.

—Lo que no entiendo es que yo mismo le encontré en el sótano de Belair bastante contuso…

—Siempre que Regis y Renan hablaban de Laforge nunca empleaban su verdadero nombre. Bastiano por aquí, Bastiano por allá… Y así supe que fue Bastiano, o sea, Laforge el que colocó los cartuchos de dinamita en la casa de Belair con la sana intención de que todos vosotros volaseis por los aires… Pero sucedió algo grotesco… Cuando subía las escaleras tropezó, dándose de golpes en su caída.

Libre de cinturón y cadena, Sonia Clermont se limitaba a un gesto que complacía profundamente a Danvers. Había deslizado su diestra en la mano del agente especial.

Volvió la cara LascarBruyant. Reía silenciosamente. Ya no era exasperante su mueca. Hasta su mella parecía graciosa. Dijo:

—Lamento importunar, pareja. Pero si amarras a Renan de codos con Laforge, el copo será completo. Sí… No me convenía un

Bastiano muerto. Le hinqué un plomo misericordioso en el bíceps derecho. Y un culatazo espléndido. Me complacerá interrogarlo a fondo, antes de que lo ejecuten privadamente.

Los desvanecidos Renan y Laforge quedaron sentados, haciéndose mutuo apoyo con las espaldas y sus antebrazos reunidos.

Dijo Danvers:

—Te quedas unos instantes aquí, Sonia. Encerrada, y no abras mientras no llame Lascar… Bueno, Bruyant… O llame yo mismo.

Había recogido dos automáticas. Se dirigía a la puerta.

—Sería mejor inutilizar a los guardianes del sótano, Lascar… ¿Cuántos son?

—Dos. Me cuido de ellos. Abriré a Sorel y los demás. Por lo menos que le quepa a nuestra Sección el honor de haber tomado esta pequeña fortaleza desde su mismo interior.

Los puntos que quedaban por aclarar los supo Danvers al día siguiente. Para apartar toda sospecha de Laforge, era preciso primeramente que recayesen las dudas en Clermont. Convenía pues hacer creer que vivía.

Al dudarse de la existencia de Clermont, planearon por medio de Magda Renan dejar inconsciente a Danvers, secuestrarlo y dejar sospechar que Danvers era el informador.

Por último, para poder negociar con plena libertad la venta de sus planos estatales con el Gobierno, Bastiano decidió inutilizar primeramente a Chabrol.

Y empleó el nuevo código para enviar a los componentes de la Sección a una casa cercana a Monrepos. Uno por uno cayeron en la celada.

El secuestro de Sonia formó parte de lo que llamaba Renan «sembrar nubes de humo». Con el secuestro de Sonia volvía a cundir la idea de que Hugo Clermont estaba vivo y actuaba en favor del grupo Bastiano.

Pero todo ello ya no le importaba a Gerard Danvers. Su renuncia definitiva fue admitida.

No quería correr el riesgo de perder algo mucho más importante que la propia vida.

El amor de su esposa Sonia.

Fin

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España